

JACK MARS



AMENAZA

PRINCIPAL

LA FORJA DE LUKE STONE — LIBRO Nº 3

La Forja de Luke Stone

Jack Mars

Amenaza Principal

«Lukeman Literary Management Ltd»

Mars J.

Amenaza Principal / J. Mars — «Lukeman Literary Management Ltd», — (La Forja de Luke Stone)

ISBN 978-1-09-430662-9

“Uno de los mejores thrillers que he leído este año.” -- Críticas de Libros y Películas (referente a Por Todos Los Medios Necesarios) En AMENAZA PRINCIPAL (La Forja de Luke Stone — Libro nº 3), un innovador thriller de acción del número 1 en ventas, Jack Mars, el veterano de élite de las Fuerzas Delta Luke Stone, de 29 años, dirige al Equipo de Respuesta Especial del FBI mientras responden a una situación con rehenes en una plataforma petrolífera en el remoto Ártico. Sin embargo, lo que al principio parecía ser un simple evento terrorista, se convierte en mucho más. Con un plan maestro por parte de los rusos, que se desarrolla rápidamente en el Ártico, Luke puede que haya llegado al borde de la próxima guerra mundial. Y Luke Stone puede ser el único hombre que se interponga en su camino. AMENAZA PRINCIPAL es un thriller militar inigualable, un viaje de acción salvaje que te hará pasar las páginas hasta altas horas de la noche. Esta serie, precuela de la SERIE DE THRILLER LUKE STONE, éxito en ventas, nos remite a cómo empezó todo, una serie fascinante del famoso autor Jack Mars, calificado como “uno de los mejores autores de suspense.”

“Thriller en su máxima expresión.” --Midwest Book Review (referente a Por Todos los Medios Necesarios) También está disponible la exitosa serie, número uno en ventas, de THRILLER LUKE STONE de Jack Mars (7 libros), que comienza con Por Todos los Medios Necesarios (Libro nº1), ¡una descarga gratuita con más de 800 reseñas de cinco estrellas!

ISBN 978-1-09-430662-9

© Mars J.

© Lukeman Literary Management Ltd

Содержание

CAPÍTULO UNO	8
CAPÍTULO DOS	13
CAPÍTULO TRES	18
CAPÍTULO CUATRO	23
CAPÍTULO CINCO	26
CAPÍTULO SEIS	31
CAPÍTULO SIETE	33
CAPÍTULO OCHO	40
CAPÍTULO NUEVE	43
Конец ознакомительного фрагмента.	54

Jack Mars

AMENAZA PRINCIPAL

AMENAZA PRINCIPAL

(LA FORJA DE LUKE STONE – LIBRO 3)

JACK MARS

TRADUCIDO POR: CARMEN LIÑÁN GRUESO

Jack Mars

Jack Mars es el autor de la serie de thriller de LUKE STONE, número uno en ventas de USA Today, que incluye siete libros. También es el autor de la nueva serie de precuelas LA FORJA DE LUKE STONE, que comprende tres libros (y subiendo); y de la serie de suspense de espías AGENTE ZERO, que comprende siete libros (y subiendo).

A Jack le encanta saber de ti, así que no dudes en visitar www.jackmarsauthor.com para unirme a la lista de correo electrónico, recibir un libro gratis, otros regalos, conectarte en Facebook y Twitter, ¡y mantener el contacto!

Copyright © 2019 por Jack Mars. Todos los derechos reservados. Excepto en lo permitido en la Ley de Derechos de Autor de Estados Unidos de 1976, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma o por ningún medio, ni almacenada en una base de datos o sistema de recuperación, sin el permiso previo del autor. Este libro electrónico tiene licencia únicamente para su disfrute personal. Este libro electrónico no puede ser revendido o regalado a otras personas. Si desea compartir este libro con otra persona, por favor, compre una copia adicional para cada destinatario. Si está leyendo este libro y no lo ha comprado, o si no lo ha comprado sólo para su uso, devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el duro trabajo de este autor. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, asuntos, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es enteramente una coincidencia. Imagen de la cubierta Copyright Getmilitaryphotos, utilizada bajo la licencia de Shutterstock.com.

LIBROS POR JACK MARS

UN THRILLER DE LUKE STONE
POR TODOS LOS MEDIOS NECESARIOS (Libro #1)

JURAMENTO DE CARGO (Libro #2)

LA FORJA DE LUKE STONE

OBJETIVO PRINCIPAL (Libro #1)

MANDO PRINCIPAL (Libro #2)

AMENAZA PRINCIPAL (Libro #3)

LA SERIE DE SUSPENSO DE ESPÍAS DEL AGENTE CERO

AGENTE CERO (Libro #1)

OBJETIVO CERO (Libro #2)

CACERÍA CERO (Libro #3)

TRAMPA CERO (Libro #4)

CAPÍTULO UNO

4 de septiembre de 2005

17:15 horas, hora de Alaska (21:15 horas, hora del Este)

Plataforma Petrolera Martin Frobisher

Seis kilómetros al norte del Refugio Nacional de Vida Silvestre del Ártico

Mar de Beaufort

Océano Ártico

Nadie estaba listo cuando comenzó la matanza.

Momentos antes, el hombre al que llamaban Perro Grande estaba en la baranda, con un mono acolchado, botas con punta de acero, guantes de cuero grueso y una gorra de béisbol de color amarillo desteñido, con la inscripción *Hunt Hard* en la parte delantera.

Hacía frío, pero Perro Grande ya no lo sentía. Y no hacía tanto frío como iba a hacer. A su alrededor se extendía la inmensidad del Ártico: cielo gris, agua oscura salpicada de hielo blanco brillante, hasta donde alcanzaba la vista.

Fumó un cigarrillo y observó un bote de transporte de personal de doble casco, que se abría camino a través de los témpanos de hielo a la luz sombría de la tarde. No podía llamarse siquiera luz del sol. La cobertura de nubes era constante, como una pesada manta y Perro Grande no había visto un rayo de luz solar durante al menos una semana. Era fácil perder el rastro del sol. Era fácil perder la noción de todo.

—Llegan temprano —dijo Perro Grande en voz alta para sí mismo.

Ese bote no le cuadraba del todo, le producía una sensación incierta en las entrañas. Se parecía mucho al bote que llevaría a los miembros de la tripulación a la plataforma después de un descanso. De hecho, desde allí podía distinguir al menos una docena de hombres en la cubierta del bote, preparándose para desembarcar cuando llegaran al muelle.

Pero los cambios de turno no se producen temprano y los barcos no aparecen sin programación ni previo aviso. Al menos aquí, no. Intentó analizar las posibles razones de la llegada de ese bote en su mente. Pero se quedó colgado de nuevo y el dolor que martilleaba en su cabeza, combinado con la niebla de su cerebro causada por la falta de sueño, hacía que fuera difícil pensar.

No importaba. Todo se resolvería cuando llegaran aquí. Apenas era posible que alguien cometiera un error. Mucha gente en el Ártico no tenía idea de qué día era. Nadie aquí hablaba de lunes o martes o miércoles o jueves. ¿Qué utilidad tendría? Cada doce horas era lo mismo, trabajando o durmiendo, trabajando o durmiendo. El tiempo se mezclaba, se volvía borroso, se desvanecía en el acero duro y el olvido blanco y frío.

Quienesquiera que fueran, sin importar lo que estuvieran haciendo, tendrían que venir a hablar con Perro Grande. Perro Grande ya no era tan malo como antes. Había crecido en la reserva, lo que él consideraba mitad Indio Pies Negros y mitad “Americano”. Y una vez, tiempo atrás, él había sido vilmente malo.

Dos metros de alto, 114 kilos cuando era liviano, 125 cuando cargaba músculo de cerveza. Pasados los cincuenta años, ahora era más calmado, menos rápido de enfadar, posiblemente incluso un poco compasivo. Aun así, él era el hombre más grande de este sitio, tal vez el hombre más grande en el Ártico y esta era su plataforma petrolera.

Perro Grande había formado parte de la tripulación que construyó esta cosa. Durante cinco años, había sido el capataz de la tripulación. Él no era geólogo, no era perforador y no era un ejecutivo con educación universitaria, pero no cometía errores. Había más de noventa hombres en esta plataforma en un momento dado y cada uno de ellos, incluso los jefes, le rendían cuentas.

Era un trozo de acero de quinientos millones de dólares, la plataforma *Martin Frobisher*, “el Alfil”, como lo llamaban los matones que trabajaban y vivían en ella en turnos de dos semanas. El Alfil era una torre azul y amarilla, plataformas y bloques de maquinaria apilados en lo alto sobre el agujero por donde el taladro entraba hasta el fondo del océano. La cima de esta torre se alzaba cuarenta pisos sobre el agua. Estaba ubicada a más de 250 kilómetros sobre el Círculo Polar Ártico, en una isla artificial de dos hectáreas y media, a poca distancia del Refugio Nacional de Vida Silvestre del Ártico.

El Alfil era propiedad de una pequeña empresa llamada Innovate Natural Resources. Innovate tenía contratos con todos los grandes (BP, ExxonMobil, ConocoPhillips), pero esta plataforma era propiedad de la misma Innovate. Perro Grande a menudo pensaba que los peces gordos dejaban que Innovate operara aquí porque les daba una negación plausible sobre lo que estaba sucediendo. Innovate hacía el trabajo sucio y si alguien se enterara, Innovate asumiría la responsabilidad.

La isla era accesible por una carretera de hielo sobre el mar helado la mayor parte del año. Pero no en verano, ni siquiera en septiembre, ya no. El hielo perpetuo se había derretido y el agua estaba abierta todo el verano. Con el verano terminado, el hielo estacional comenzaba a formarse.

Mientras Perro Grande observaba, el bote dio el último empujón y se detuvo en el muelle. Un par de estibadores del Alfil comenzó a atar las amarras, cuando sucedió algo extraño, tan extraño que pasaron varios segundos antes de la mente de Perro Grande pudiera captarlo.

Los hombres saltaron del bote y dispararon a los trabajadores.

¡CRAC! Llegó el agudo sonido de disparos, resonando a través de la distancia en el aire quieto y frío. En la luz tenue, hombres en miniatura caían muertos con cada disparo.

¡CRAC!

¡CRAC!

De repente, Perro Grande estaba corriendo. Sus pesadas botas golpearon los raíles de hierro de la cubierta y atravesó las puertas de la caseta de perro, el centro de mando. Era como la cabina del piloto de un barco solo que, en lugar de mirar el mar abierto, los hombres observaban el taladro todo el día. Había tres hombres dentro, a esta hora del día. Cuando entró Perro Grande, los hombres ya estaban en pie, entrando en el gabinete donde se guardaban los rifles. Los rifles estaban destinados a los osos polares, no a las invasiones.

—¿Qué demonios está pasando? —dijo Perro Grande.

Aaron, un hombre corpulento con gafas, arrojó un rifle pesado a Perro Grande. Tenía insertado un cargador por debajo y una mira telescópica en la parte superior.

Perro Grande comprobó la recámara.

Aaron negó con la cabeza. —Ni idea. Intentamos identificarlos por radio, pero no hubo respuesta. Pensamos en esperar hasta que llegaran aquí. Luego llegaron y comenzaron a disparar.

Hizo un gesto hacia las pantallas del circuito cerrado de seguridad.

En una pantalla, un grupo de hombres subía por los muelles. Iban vestidos de negro, abrigados para el frío, con los rostros cubiertos a excepción de los ojos y equipados con pistolas y cinturones de munición. Mientras Perro Grande observaba, uno de ellos se acercó a un hombre que se retorció en el muelle, sacó una pistola y le disparó en la cabeza.

—Oh, no —dijo Perro Grande.

Le dolió. Le dolió hasta lo más profundo y lo hizo enfadar. Este era su equipo y estaban asesinando a sus hombres. Durante sus décadas en la industria petrolera del Ártico, nunca había sucedido algo así. ¿Hubo peleas? Por supuesto. Peleas a puñetazos, a cuchillo, con tacos de billar y tubos de hierro. Incluso hubo tiroteos. Sí, de vez en cuando, alguien sacaba un arma.

¿Pero esto?

De ninguna manera.

Y no lo iba a consentir.

Los hombres en la sala de control miraron a Perro Grande.

Lo primero que hizo Perro Grande cuando dejó la reserva, a la edad de diecisiete años, fue alistarse en el Cuerpo de Marines. Identificaron de inmediato su puntería y lo convirtieron en un francotirador.

—Hijos de puta —dijo.

No le importaba quiénes eran o lo que pensaban que estaban haciendo, no lo iba a consentir. Volvió a salir a cubierta, con el rifle acunado en sus gruesas manos.

Debajo de él, el grupo de hombres corría por el complejo ahora, corriendo hacia las cabañas Quonset que servían de alojamiento, el salón recreativo, la cantina. Las alarmas resonaban y los hombres comenzaban a emerger de todas partes, corriendo. Había confusión y miedo.

Disparar era fácil para Perro Grande. Cada hombre tenía sus habilidades, cosas que le resultaban fáciles. Disparar era la suya. Miró a través de la mira telescópica y puso a uno de los invasores vestidos de negro en el centro del círculo. El hombre estaba ALLÍ MISMO, tan cerca que Perro Grande podía alcanzarlo y tocarlo. Perro Grande apretó el gatillo. El rifle se sacudió en sus manos y empujó contra su hombro.

¡BANG!

El sonido hizo eco muy lejos, a través del hielo y el agua.

Fue un disparo justo en el blanco, a la altura del pecho. El hombre levantó los brazos y dejó caer su arma. Fue impulsado hacia atrás, perdió pie y cayó al suelo helado.

No fue un buen gesto. Le indicó a Perro Grande que el hombre llevaba un chaleco antibalas. La bala no le había perforado, solo lo tiró hacia atrás. Le dolería un rato y mañana iba a tener un dolor del demonio, pero no estaba muerto.

Aún no, por lo menos.

Perro Grande expulsó el casquillo gastado y volvió a montar el arma. Volvió a mirar y encontró a su hombre arrastrándose por el suelo.

Puso el círculo alrededor de la cabeza del hombre.

BANG.

El eco se alejó a través de la vasta inmensidad vacía. La sangre fluía donde antes estaba la cabeza del hombre. Automáticamente, sin pensarlo, Perro Grande expulsó el cartucho y cargó de nuevo.

Siguiente.

Otro bastardo de chaqueta negra arrodillado al lado del muerto. Parecía estar comprobando los signos vitales. ¿Comprobándolos para qué? La mitad de la cabeza del hombre ya no estaba.

Perro Grande sonrió y puso la cabeza del chico nuevo en el círculo, el punto muerto. El chico era un idiota.

BANG.

Pero ya no lo sería más.

La cabeza del segundo hombre explotó igual que la del primero, una pulverización de rojo en el aire, como el géiser blanco desde el orificio nasal de una ballena jorobada justo debajo de la superficie. Los dos hombres muertos se desplomaron juntos, montículos negros sobre fondo blanco.

Perro Grande bajó el arma para obtener una vista más amplia del campo. La escena era un caos, los hombres corrían por todos lados, disparando, cayendo muertos.

Demasiado tarde, vio a dos hombres de negro, ambos apoyados sobre una rodilla, apuntándole con sus armas. Desde esta distancia, no podía decir lo que los hombres llevaban. Eran ametralladoras pequeñas, compactas, tal vez Uzis o MP5.

Pasó menos de un segundo.

Perro Grande se estaba apartando de la barandilla de hierro justo cuando impactó el primer chorro de balas. Lo atravesaron y sintió cómo hacía un baile espasmódico y nervioso. Entonces llegó el dolor, como si fuera a destiempo.

Sus pies se deslizaron hacia atrás, por debajo de él y cayó sobre la barandilla. Pensó que podría vomitar por el costado.

Pero su altura y el impulso llevaron todo su cuerpo hacia adelante. Hubo un momento incómodo, cuando parecía que estaba encaramado en la barandilla, con todo el peso sobre su estómago. Entonces, se cayó. Intentó agarrarse locamente a los listones de hierro que tenía detrás, pero fue inútil.

Pasaron uno o dos segundos. Entonces, impactó.

El tiempo se detuvo y él fue a la deriva. Cuando volvió a abrir los ojos, parecía que estaba mirando un cielo oscuro. El último día sombrío había pasado y las estrellas frías salían a millones, jugando al escondite detrás de nubes que se deslizaban. Parpadeó y volvió a la luz del día.

Sabía lo que había pasado: había caído a la cubierta de hierro, dos pisos por debajo del nivel de la caseta de perro. Había golpeado fuerte, todo su cuerpo debía estar roto. Su cráneo debía estar roto.

Además, cuando llegó el recuerdo, fue como si las balas lo perforaran nuevamente. Su cuerpo se sacudió convulsivamente. Le habían disparado con ametralladoras.

No sabía cuánto tiempo había pasado. Podrían haber sido minutos o podrían haber pasado horas. Intentó moverse, pero le dolía hacer cualquier cosa. Eso era buena señal: aún podía sentir dolor. Había mucho líquido oscuro a su alrededor en la cubierta: su sangre. Jadeó mientras respiraba, como un elevador hidráulico que se descompone, el líquido burbujeando de su boca.

En algún lugar, no muy lejos, todavía se escuchaban disparos. Los hombres gritaban. Los hombres chillaban de dolor o de terror.

Las sombras se movieron a través de él.

Dos hombres se quedaron allí, mirando hacia abajo. Ambos llevaban pesadas chaquetas negras con parches blancos. La imagen en los parches parecía ser un águila u otro ave de rapiña. Vestían pantalones de camuflaje verde, como un ejército de tierra, en algún lugar donde el mundo no estuviera cubierto de blanco. Y llevaban pesadas botas negras.

Las caras de los hombres estaban cubiertas con pasamontañas negros. Solo se veían sus ojos. Sus ojos eran duros, sin simpatía.

¿Qué pensaban estos muchachos que estaban haciendo?

—¿Quién...? —dijo Perro Grande.

Le resultaba difícil hablar, se estaba muriendo, lo sabía. Pero él no era alguien que tiraría la toalla. Nunca lo había hecho antes y no lo iba a hacer ahora.

—¿Quiénes sois? —logró decir.

Uno de los hombres dijo algo en un idioma que Perro Grande no entendió.

Levantó una pistola y apuntó hacia Perro Grande. El agujero al final del cañón estaba allí, como una cueva. Parecía hacerse cada vez más grande.

El otro hombre dijo algo. Era algo serio, ninguno de los dos se rio. Sus expresiones impertérritas no cambiaron. Probablemente pensaron que le estaban haciendo un favor a Perro Grande, sacándolo de su miseria.

A Perro Grande no le importaba un poco de dolor. Él no creía en el cielo o el infierno. Cuando era joven, había rezado a sus antepasados. Pero si sus antepasados estaban por ahí, no habían dado muestras.

Tal vez había vida después de la muerte, tal vez no.

Perro Grande preferiría arriesgarse aquí en la Tierra. El médico de la plataforma podría recomponerlo. Un helicóptero de evacuación médica podría venir y llevarlo al pequeño centro de traumatología en Deadhorse. Un helicóptero Apache podría venir y acabar con estos tipos.

Cualquier cosa podría pasar. Mientras respirara, todavía estaba en el juego. Levantó una mano ensangrentada. Increíble que aún pudiera mover su brazo.

—Espera —dijo.

No quiero morir ya.

Perro Grande. Durante décadas, así lo había llamado prácticamente todo el mundo. Su esposa lo llamaba Perro Grande. Sus jefes lo llamaban Perro Grande. El Presidente de la compañía

había volado aquí una vez, le dio la mano y lo llamó Perro Grande. Él gruñó al pensar en eso. Su verdadero nombre era Warren.

Un pequeño destello de luz y llama emergió de las fauces negras al final del arma del hombre. La oscuridad llegó y Perro Grande no supo si realmente había visto aquella luz, o si había estado soñando todo el tiempo.

CAPÍTULO DOS

21:45 horas, Hora del Este
Gabinete de Crisis
La Casa Blanca
Washington, DC

—Señor Presidente, ¿qué piensa?

Clement Dixon era demasiado viejo para esto. Ese era su pensamiento principal.

Estaba sentado a la cabecera de la mesa y todos los ojos estaban puestos en él. Durante su larga carrera política, había aprendido a leer los ojos y las expresiones faciales. Y lo que le decía la lectura de aquellos rostros era esto: las poderosas personas que miraban al caballero de cabello blanco que presidía esta reunión de emergencia habían llegado a la misma conclusión que el propio Dixon.

Él era demasiado viejo.

Había sido un Jinete de la Libertad desde el primer viaje, en mayo de 1961, arriesgando su vida para ayudar a disgregar el sur. Había sido uno de los jóvenes oradores en las calles durante el motín de la policía de Chicago en agosto de 1968 y había recibido gases lacrimógenos en la cara. Había pasado treinta y tres años en la Cámara de Representantes, primero enviado allí por la buena gente de Connecticut en 1972. Había desempeñado el cargo de Presidente de la Cámara de Representantes dos veces, una durante la década de 1980 y otra vez hasta hace solo un par de meses.

Ahora, a la edad de setenta y cuatro años, se encontró de repente siendo Presidente de los Estados Unidos. Era un papel que nunca había querido ni imaginado para sí mismo. No, espera, quizá sí: cuando era joven, adolescente y tenía unos veinte años, se había imaginado a sí mismo algún día como Presidente.

Pero la América de la que se había imaginado Presidente no era *esta* América. Este era un país dividido, envuelto en dos guerras públicamente reconocidas en el extranjero, así como media docena de “operaciones negras” clandestinas. Operaciones tan negras, al parecer, que las personas que las supervisaban eran reacias a informar a sus superiores.

—¿Señor Presidente?

En su juventud, nunca se había imaginado a sí mismo como Presidente de una América que todavía dependía por completo de los combustibles fósiles para cubrir sus necesidades energéticas, donde el veinte por ciento de la población vivía en la pobreza y otro treinta por ciento se tambaleaba en el borde, donde millones de niños se acostaban con hambre cada noche y más de un millón de personas no tenían dónde vivir. Un lugar donde el racismo todavía estaba vivo y coleando. Un lugar donde millones de personas no podían permitirse el lujo de ponerse enfermas y donde a menudo tenían que escoger entre tomar sus medicamentos recetados o comer. Esta no era la América que había soñado liderar.

Esto era un Estados Unidos de pesadilla y de repente él estaba al cargo. Un hombre que había pasado toda su vida defendiendo lo que creía que era correcto y luchando por los ideales más altos, ahora se encontraba arrastrándose por el fango. Este trabajo no ofrecía nada más que compensaciones y áreas grises y Clement Dixon estaba justo en el medio de todo.

Siempre había sido un hombre religioso. Y en estos días se descubrió a sí mismo pensando en cómo Cristo le había pedido a Dios que dejara pasar el amargo cáliz. Sin embargo, a diferencia de Cristo, su lugar en esta cruz no había sido ordenado previamente. Una serie de percances y malas decisiones habían conducido a Clement Dixon hasta este lugar.

Si el Presidente David Barrett, un buen hombre al que Dixon conocía desde hace muchos años, no hubiera sido asesinado, nadie habría pedido al Vicepresidente Mark Baylor que ocupara su lugar.

Y si Baylor no hubiera estado implicado en el asesinato, por una montaña de pruebas circunstanciales (no suficientes para acusarlo, pero sí para hacerlo caer en desgracia y desterrarlo de la vida pública), entonces él no habría dimitido, dejando la Presidencia al Presidente de la Cámara de Representantes.

Y si Dixon mismo no hubiera accedido el año pasado a pasar solo una legislatura más como Presidente de la Cámara, a pesar de su avanzada edad...

Entonces no se vería en esta posición.

Aunque él tuviera la fuerza de voluntad *doblegar la maldita cosa...* El hecho de que la línea de sucesión dictara que el Presidente de la Cámara asumiera el trabajo, no significaba que él tuviera que *aceptarlo*. Pero demasiadas personas habían luchado durante demasiado tiempo para ver a un hombre como Clement Dixon, el abanderado ardiente de los ideales liberales clásicos, convertirse en Presidente. Como cuestión práctica, no podía abandonar.

Así que allí estaba, cansado, viejo, cojeando por los pasillos del ala oeste (sí, *cojeando*, el nuevo Presidente de los Estados Unidos tenía artritis en las rodillas y una cojera pronunciada), abrumado por el peso de lo que se le había encomendado y comprometiendo sus ideales a cada paso.

—¿Señor Presidente? ¿Señor?

El Presidente Dixon estaba sentado en el Gabinete de Crisis, una oficina de forma ovalada. De alguna manera, la habitación le recordaba a un programa de televisión de la década de los 60; la serie se llamaba *Espacio: 1999*. Era una idea tonta de un productor de Hollywood sobre cómo sería el futuro. Inhóspito, vacío, inhumano y diseñado para el aprovechamiento máximo del espacio. Todo era elegante y estéril y exudaba cero encanto.

Grandes pantallas de vídeo estaban incrustadas en las paredes, con una pantalla gigante en el extremo de la mesa oblonga. Las sillas eran de cuero, con el respaldo alto y reclinables, como la del capitán en la cubierta de control de una nave espacial.

Esta reunión se había convocado con poca antelación; como de costumbre, había una crisis. Aparte de los asientos ocupados de la mesa y unos pocos a lo largo de las paredes, la sala estaba casi vacía. Los asistentes habituales estaban aquí, incluidos algunos hombres con sobrepeso vestidos con trajes, junto con militares uniformados.

Thomas Hayes, el nuevo Vicepresidente de Dixon, también estaba aquí, gracias a Dios. Habiendo subido a bordo directamente desde su puesto de gobernador de Pensilvania, Thomas estaba acostumbrado a tomar decisiones ejecutivas. También estaba en la misma página que Dixon respecto a muchas cosas. Thomas ayudó a Dixon a formar un frente unificado.

Todo el mundo sabía que Thomas Hayes tenía los ojos puestos en la presidencia y eso estaba bien. Podría quedarse con ella, en lo que respecta a Clement Dixon. Thomas era alto, guapo e inteligente y proyectaba un aire de autoridad. Sin embargo, lo más destacado de él era su enorme nariz. La prensa nacional ya había comenzado a retocársela.

Espera, Thomas, pensó Dixon. *Espera a que seas Presidente*. Los humoristas políticos dibujaban a Clement Dixon como el profesor distraído, un cruce entre Mark Twain y Albert Einstein, con los zapatos desatados y sin el humor casero o la inteligencia penetrante.

Vaya, seguramente se divertirían con esa nariz de Hayes.

Un hombre alto con un uniforme verde de gala estaba de pie en la cabecera de la mesa, un general de cuatro estrellas llamado Richard Stark. Era delgado y muy en forma, como el maratonista que seguramente era y su rostro parecía estar cincelado en piedra. Tenía los ojos de un cazador, como un león o un halcón. Hablaba con absoluta confianza: en sus impresiones, en la información que le daban sus subordinados, en la capacidad del ejército de los Estados Unidos para afrontar cualquier problema, sin importar cuán espinoso o complicado fuera. Stark era prácticamente una caricatura de sí mismo. Parecía como si nunca hubiera experimentado un momento de incertidumbre en su vida. ¿Cómo era el viejo dicho?

A menudo incorrecto, pero nunca en duda.

—Explíquelo de nuevo —dijo el Presidente Dixon.

Casi podía escuchar los gemidos silenciosos alrededor de la habitación. Dixon odiaba tener que volver a escucharlo. Odiaba la información tal como la entendió y odiaba que otro intento debiera hacer que la entendiera por completo. Él no quería entenderla.

Stark asintió con la cabeza. —Sí, señor.

Señaló con un largo puntero de madera el mapa de la pantalla grande. El mapa mostraba el distrito de North Slope de Alaska, un vasto territorio en el extremo norte del estado, dentro del Círculo Polar Ártico, lindando con el Océano Ártico.

Había un punto rojo en el océano, justo al norte del final de la tierra. Ese territorio estaba marcado como ANWR¹, que Dixon bien sabía que representaba el Refugio Nacional de Vida Silvestre del Ártico: era una de las personas que había luchado durante décadas para proteger esa región sensible de la exploración y perforación petrolera.

Stark habló:

—La plataforma de perforación Martin Frobisher, propiedad de Innovate Natural Resources, se encuentra aquí, en el océano, a seis kilómetros al norte del Refugio de Vida Silvestre del Ártico. No disponemos del censo exacto en el momento del ataque, pero se estima que noventa hombres viven y trabajan habitualmente en esa plataforma y una pequeña isla artificial que los rodea. La plataforma funciona las veinticuatro horas del día, trescientos sesenta y cinco días al año, en medio del clima más severo.

Stark hizo una pausa y miró a Dixon.

Dixon hizo un movimiento con la mano como una rueda girando.

—Entendido. Por favor, continúe.

Stark asintió con la cabeza. —Hace poco más de treinta minutos, un grupo de hombres fuertemente armados y no identificados han atacado la plataforma y el campamento. Llegaron en barco, en una embarcación que apareció como un contratista de personal que traía trabajadores a la isla. Un número desconocido de trabajadores han sido asesinados o tomados como rehenes. Los informes preliminares, obtenidos por las grabaciones de audio y vídeo, sugieren que los invasores son extranjeros, pero aún se desconoce el origen.

—¿Qué sugiere esto? —preguntó Dixon.

Stark se encogió de hombros. —No parece que hablen inglés. Aunque no disponemos todavía de sonido claro, sin embargo, nuestros expertos lingüistas creen que hablan una lengua de Europa del Este, probablemente eslava.

Dixon suspiró. —¿Ruso?

El día que asumió este ingrato trabajo, de hecho, momentos después de prestar el Juramento de Cargo, había retirado unilateralmente a las fuerzas estadounidenses de una confrontación con los rusos. Los rusos le habían hecho un favor y respondió en consecuencia. Dixon había sido objeto de críticas despiadadas y mordaces por parte de las facciones belicistas de la sociedad estadounidense. Si los rusos se volvieran y atacaran ahora...

Stark sacudió la cabeza lo más mínimo. —No estamos seguros todavía, pero creemos que no.

—Eso lo reduce —dijo Thomas Hayes.

—¿Tenemos alguna idea de lo que quieren? —dijo Dixon.

Ahora Stark sacudió la cabeza por completo. —No han contactado con nosotros y se niegan a responder a nuestros intentos de contacto. Hemos volado sobre el complejo con helicópteros de combate pero, a excepción de algunos incendios, el lugar actualmente parece desierto. Los terroristas y los prisioneros están dentro de la plataforma misma o dentro de los edificios del complejo, lejos de nuestras miradas indiscretas.

¹ ANWR. Siglas de Arctic National Wildlife Refuge. En español: Refugio Nacional de Vida Silvestre del Ártico. (Nota de la Traductora)

Se detuvo un momento.

—Me imagino que quiere entrar por la fuerza y recuperar la plataforma —dijo Dixon.

Stark sacudió la cabeza otra vez. —Desafortunadamente, no. Si bien estamos cien por cien seguros de que podemos recuperar las instalaciones por la fuerza, hacerlo pondría en riesgo la vida de cualquier hombre que se encuentre prisionero. Además, la instalación es de naturaleza sensible y, si llevamos a cabo un contraataque a gran escala, corremos el riesgo de llamar la atención sobre ella.

Algunas personas en la sala comenzaron a murmurar entre ellas.

—Orden, —dijo Stark, sin levantar la voz. —Orden, por favor.

—Está bien —dijo Dixon—, lo preguntaré. ¿Qué tiene de sensible?

Stark miró a un hombre con gafas, sentado hacia la mitad de la mesa. El hombre probablemente tenía treinta y muchos, pero tenía un sobrepeso que lo hacía parecer casi un niño angelical. La cara del hombre era grave. Diablos, estaba en una reunión con el Presidente de los Estados Unidos.

—Señor Presidente, soy el Dr. Fagen, del Departamento de Interior.

—Está bien, Dr. Fagen —dijo Dixon—, cuéntemelo.

—Señor Presidente, la plataforma Frobisher, aunque es propiedad de Innovate Natural Resources, es una inversión conjunta entre Innovate, ExxonMobil, ConocoPhillips y la Oficina de Administración de Tierras de los Estados Unidos. Les hemos extendido una licencia para hacer lo que se conoce como perforación horizontal.

En la pantalla, la imagen cambió. Mostraba un dibujo animado de una plataforma petrolera. Mientras Dixon observaba, un taladro se extendía hacia abajo desde la plataforma, debajo de la superficie del océano y hacia el fondo del mar. Una vez bajo tierra, el taladro cambió de dirección, giró noventa grados y ahora se movía horizontalmente debajo del lecho de roca. Después de un tiempo, se encontró con un charco negro debajo del suelo y el petróleo del charco comenzó a fluir lateralmente desde el cabezal de perforación hacia la tubería que lo seguía.

—En lugar de perforar verticalmente, que es como se realizaban la gran mayoría de las perforaciones en el siglo XX, ahora estamos dominando la ciencia de la perforación horizontal. Lo que esto significa es que una plataforma petrolera puede estar a muchos kilómetros de un depósito de petróleo, tal vez un depósito en una ubicación ambientalmente sensible...

Dixon levantó una mano. La mano en alto significaba PARAR.

El Dr. Fagen sabía lo que significaba la mano sin tener que preguntar. Al instante, dejó de hablar.

—Dr. Fagen, ¿me está diciendo que la plataforma Martin Frobisher, en el mar a seis kilómetros al norte del Refugio Nacional de Vida Silvestre del Ártico, realmente está perforando dentro del Refugio de Vida Silvestre?

Fagen miraba la mesa de conferencias. Su lenguaje corporal le dijo a Clement Dixon todo lo que necesitaba saber.

—Señor, con las tecnologías más modernas, las plataformas petroleras pueden explotar importantes depósitos subterráneos, sin poner en peligro la flora o la fauna sensibles, respecto a lo cual sé que ya expresó su preocupación...

Dixon puso los ojos en blanco y levantó las manos en el aire.

—Oh, demonios.

Miró al general.

—Señor, —dijo Stark. —La decisión de otorgar esa licencia se tomó hace dos administraciones. Solo era cuestión de perfeccionar la tecnología. De acuerdo, es controvertido y ni a usted ni a mi nos gusta esto. Pero yo creo que tendremos que aplazar esa discusión para otro momento. Ahora, tenemos una operación terrorista en marcha, con un número desconocido de civiles estadounidenses ya muertos y aún más vidas estadounidenses en peligro. El tiempo es esencial. Y, en la medida de lo posible, creo que debemos mantener este incidente, así como la naturaleza de esa

instalación, fuera del alcance del público, por ahora. Más tarde, después de que hayamos rescatado a nuestra gente y disipado el humo, habrá mucho tiempo para debatir.

Dixon odiaba que Stark tuviera razón. Odiaba estos...

... *compromisos*.

—¿Qué sugiere? —dijo.

Stark asintió con la cabeza. En la pantalla, la imagen cambió y mostró un gráfico de lo que parecía ser un grupo de buzos de dibujos animados, nadando hacia una isla.

—Sugerimos encarecidamente que un grupo encubierto de operadores especiales altamente entrenados, Navy SEAL, se infiltre en las instalaciones, descubra la naturaleza de los terroristas y sus efectivos, decapite su liderazgo y, si es posible, recupere la plataforma con la menor pérdida de vida civil como las circunstancias lo permitan.

—¿Cuántos y cuándo? —preguntó Dixon.

Stark asintió nuevamente. —Dieciséis, quizá veinte. Esta noche, dentro de las próximas horas, antes del primer amanecer.

—¿Los hombres están listos? —dijo Dixon.

—Sí, señor.

Dixon sacudió la cabeza. Ser Presidente era una pendiente resbaladiza. Eso era algo que, a pesar de todos sus años de experiencia, nunca había entendido. Todos sus discursos ardientes, golpeando el atril, sus demandas de un mundo más justo y limpio... ¿para qué? Todo se había vendido río abajo incluso antes de empezar.

El Refugio Nacional de Vida Silvestre del Ártico estaba fuera de los límites de la perforación, en la superficie. Así que se estacionaron en el mar y perforaron desde debajo, por supuesto que lo hicieron. Eran como termitas, siempre mordiendo, royendo y convirtiendo la construcción más resistente en un castillo de naipes.

Y luego los hombres que estaban haciendo la perforación fueron atacados y retenidos como rehenes. Y como Presidente, ¿qué se suponía que tenías que decir: —Déjalos comer del pastel?

De ninguna manera. Eran estadounidenses y, en un nivel difícil de entender, eran inocentes. *Solo hago mi trabajo, señora*.

Dixon miró a Thomas Hayes. De todos los hombres en esta habitación, Hayes sería el más cercano a sus propios pensamientos sobre esto. Hayes probablemente se sentiría encajonado, traicionado, frustrado y atónito, al igual que Clement Dixon.

—¿Thomas? —dijo Dixon. —¿Qué opinas?

Hayes ni siquiera dudó. —Yo entiendo que es una discusión para otro momento, pero me alarma escuchar que estamos perforando en un entorno natural que debe ser apreciado y protegido. Estoy alarmado, pero no sorprendido y eso es lo peor.

Se detuvo. —Después de que estos hombres sean rescatados y, como usted dice, se disipe el humo, creo que debemos volver a revisar la moratoria de la perforación y dejar claro que no perforar significa no perforar, ya sea desde la superficie o desde el mar.

—Además, si va a haber una intervención militar, creo que hay que asegurarse de que haya supervisión civil de toda la operación, de principio a fin. Sin ánimo de ofender, General, pero en el Pentágono tienen tendencia a matar mosquitos a cañonazos. Creo que ya hemos oído hablar de demasiadas celebraciones de bodas en Oriente Medio siendo aniquiladas por ataques aéreos.

El general Stark parecía que estaba a punto de decir algo en respuesta, pero se contuvo.

—¿Puede hacerlo, General Stark? —preguntó Dixon. —No importa cuántos activos militares estén involucrados, ¿puede garantizarme la supervisión y participación civil durante toda la operación?

El general asintió. —Sí, señor. Conozco la agencia civil idónea para el trabajo.

—Entonces, hágalo —dijo Dixon— y salve a esos hombres de la plataforma, si puede.

CAPÍTULO TRES

22:01 horas, Hora del Este
Ivy City
Noreste de Washington, DC

Un hombre grande estaba sentado en una silla plegable de metal, en un rincón tranquilo de un almacén vacío. Sacudió la cabeza y gimió.

—No lo hagas —dijo. —No lo hagas.

Tenía los ojos vendados, pero incluso con el trapo oscureciendo parte de su rostro, era fácil ver que estaba magullado y golpeado. Su boca estaba hinchada. Su cara estaba cubierta de sudor y algo de sangre y la parte posterior de su camiseta blanca estaba manchada de sudor. Había una mancha oscura en la entrepierna de sus jeans azules, donde se había orinado encima unos momentos antes.

Desde la boca de las mangas de su camiseta hasta las muñecas había una densa maraña de tatuajes. El hombre parecía fuerte, pero tenía las muñecas esposadas a la espalda y sus brazos estaban asegurados a la silla con pesadas cadenas.

Sus pies estaban descalzos y sus tobillos también estaban esposados con grilletes de acero; estaban tan juntos que, si lograba ponerse de pie y tratar de caminar, tendría que ir saltando.

—¿Hacer qué? —dijo Kevin Murphy.

Murphy era alto, delgado, muy en forma. Tenía los ojos duros y una pequeña cicatriz en la barbilla. Llevaba una camisa azul, pantalón oscuro y pulidos zapatos de cuero italiano negro. Sus mangas estaban enrolladas solo un par de vueltas en sus antebrazos. No había nada arrugado, sudoroso o sangriento en él. No parecía haber hecho ningún tipo de esfuerzo extenuante. De hecho, podría estar de camino a una cena tardía en un buen restaurante. Lo único que no encaja mucho con su aspecto eran los guantes de conducción de cuero negro que llevaba puestos.

Durante unos segundos, Murphy y el hombre de la silla fueron como estatuas, piedras en pie en algún lugar de entierro medieval. Sus sombras se desvanecieron en diagonal en la penumbra amarilla que iluminaba este pequeño rincón del vasto almacén.

Murphy se alejó unos pasos a través del suelo de piedra, sus pisadas resonaban en el espacio cavernoso.

Estaba lidiando con una extraña combinación de sentimientos en este momento. Por un lado, se sentía relajado y tranquilo. Se estaba preparando para la entrevista y disponía de las próximas horas, si las necesitaba. Nadie venía aquí.

Fuera de las puertas de este almacén había un barrio pobre. Era un páramo de hormigón, tiendas deprimentes todas juntas, licorerías, cambio de cheques y lugares de préstamos de día de pago. Multitudes de mujeres que llevaban bolsas de plástico esperaban en las paradas de los autobuses durante el día, hombres borrachos en las esquinas de las calles sostenían latas de cerveza y vino barato en bolsas de papel marrón todo el día y toda la noche.

En este momento, Murphy podía escuchar los sonidos del vecindario: coches que pasaban, música, gritos y risas. Pero se estaba haciendo tarde y las cosas comenzaban a calmarse. Incluso este barrio finalmente se iba a dormir.

Por lo tanto, a corto plazo, Murphy tenía tiempo. Pero en un sentido más amplio, el tiempo no estaba de su parte. Era un antiguo operador de las Fuerzas Delta y un empleado en período de prueba del Equipo de Respuesta Especial del FBI. Lo había hecho bien hasta ahora, incluyendo lo que se consideró una actuación brillante en un tiroteo en Montreal, durante su primera asignación.

Lo que nadie entendió fue cuán brillante fue realmente esa actuación. Había jugado a dos bandas y, antes de la batalla, convenció al ex agente de la CIA Wallace Speck, el autoproclamado

“Señor Oscuro”, para transferir dos millones y medio de dólares a la cuenta anónima de Murphy en Gran Caimán.

Ahora, Speck estaba en una prisión federal y se enfrentaba a la pena de muerte. Eso abrió paso a una gran pregunta en la vida de Murphy: ¿Hablaría Speck con sus captores? Y si lo hacía, ¿qué les diría?

¿Sabía Speck quién era Kevin Murphy?

—No me mates —dijo el hombre de la silla.

Murphy sonrió. Cerca del hombre había otra silla. La chaqueta deportiva de Murphy estaba sobre ella. Debajo de la chaqueta estaban su funda y su arma. En el bolsillo de sus pantalones estaba el gran silenciador que se ajustaba a la pistola como una mano a un guante.

Hechos el uno para el otro. ¿Cómo decía ese viejo anuncio de televisión? *Perfectos juntos*.

—¿Matarte? ¿Por qué habría de hacerlo?

El hombre sacudió la cabeza y comenzó a llorar. La parte superior de su gran cuerpo se sacudía en sollozos. —Porque eso es lo que haces.

Murphy asintió con la cabeza, eso era cierto.

Miró fijamente al hombre. Bastardo llorón, odiaba a los tipos como este, eran alimañas. El tipo era un asesino insensible, un matón, un aspirante a chico duro. Un hombre con las palabras BANG y ¡POW! tatuadas en sus nudillos.

Este era el tipo de hombre que mataba a personas inocentes indefensas, en parte debido a que le pagaban por hacerlo, pero también en parte porque era fácil y porque le gustaba hacerlo. Luego, cuando se encontraba con alguien como Murphy, se hacía pedazos y comenzaba a rogar. El propio Murphy ciertamente había matado a mucha gente, pero hasta donde él sabía, nunca había matado a un no combatiente o a alguien inocente. Murphy se especializaba en matar hombres que eran difíciles de matar.

Pero, ¿este chico?

Murphy suspiró. No tenía dudas de que podía hacer que este tipo se arrastrara por el suelo como un gusano, si quisiera.

Sacudió la cabeza. No le interesaba el tipo, todo lo que quería era información.

—Hace algunas semanas, justo cuando nuestro querido Presidente fallecido desapareció por primera vez, mataste a una joven llamada Nisa Kuar Brar. No lo niegues, también mataste a sus dos hijas, una niña de cuatro años y un bebé de meses. La niña de cuatro años llevaba un pijama del dinosaurio Barney en ese momento. Sí, vi fotos de la escena del crimen. Estas personas que mataste eran la esposa y las hijas de un taxista llamado Jahjeet Singh Brar. Toda la familia eran Sikhs, de la región de Punjab de la India. Te metiste en su apartamento en Columbia Heights diciendo que eras un policía metropolitano de DC, llamado Michael Dell. Qué gracioso, Michael Dell. ¿Crees que fue divertido?

El hombre sacudió su cabeza. —No, absolutamente, no. Nada de eso es cierto. El que te haya dicho todo eso es un mentiroso, te han mentido.

La sonrisa de Murphy se ensanchó y se encogió de hombros. Casi se rio.

Este chico...

—Me lo dijo tu cómplice. Un tipo que se hacía llamar Roger Stevens, pero cuyo verdadero nombre era Delroy Rose. —Murphy hizo una pausa y volvió a respirar hondo. A veces se ponía nervioso en situaciones como esta. Era importante que mantuviera la calma. Esta reunión era para obtener información y nada más.

—¿Algo de esto te suena ahora?

Los hombros del hombre estaban encogidos. Sollozaba en voz baja, su cuerpo temblando.

—No, no sé quién es...

—Cállate y escúchame —dijo Murphy. —¿De acuerdo?

Él no tocó al hombre ni se acercó a él, pero el hombre asintió y no dijo una palabra más.

—Ahora... ya he entrevistado a Delroy extensamente. Fue útil, pero solo hasta cierto punto. Las cosas se pusieron un poco desagradables, por lo que al final del día, yo estuve dispuesto a creer que me había dicho todo lo que sabía. Quiero decir, ¿quién pasaría por todo ese sufrimiento solo para... qué? ¿Protegerte a ti? ¿Proteger a otro como tú? No. Creo que probablemente me dijo todo lo que sabía, pero no fue suficiente.

—Por favor —dijo el hombre. —Te diré todo lo que sé.

—Sí, lo harás —dijo Murphy. —Y, con suerte, sin muchas tonterías.

El hombre sacudió la cabeza, enfáticamente, enérgicamente. Por un momento, parecía una muñeca mecánica, de las que se les da cuerda y sacuden la cabeza hasta que la llave en la parte posterior se para.

—No, sin tonterías.

—Bueno, —dijo Murphy. Se acercó al hombre y le quitó el trapo ensangrentado de los ojos. Los ojos del hombre parpadearon y giraron en sus cuencas, a continuación, se posaron en Murphy.

—Puedes verme, ¿verdad?

El hombre asintió, muy solícito. —Sí.

—¿Sabes quién soy? —dijo Murphy. —Sí o no, no mientas.

El hombre asintió nuevamente. —Sí.

—¿Qué sabes de mí?

—Eres de algún tipo fuerzas especiales. CIA, Navy SEAL, Operaciones encubiertas, algo de eso.

—¿Sabes mi nombre?

El hombre lo miró fijamente. —No.

Murphy no estaba seguro de creerle. Lanzó una bola suave para probar al chico.

—¿Mataste a Nisa Kuar Brar y sus dos hijas? Ya no tiene sentido mentir. Ya me has visto, las cartas están sobre la mesa.

—Maté a la mujer —dijo el hombre sin dudar. —El otro tipo mató a las niñas, yo no tuve nada que ver con eso.

—¿Cómo mataste a la mujer?

—La llevé a la habitación y la estrangulé con un cable de ordenador, Ethernet Cat 5. Es fuerte, pero no corta. Hace el trabajo sin mucha sangre.

Murphy asintió con la cabeza. Así fue exactamente como se hizo. Nadie sin información privilegiada sobre la escena del crimen lo sabría. Este chico era el asesino. Murphy tenía a su hombre.

—¿Qué hay de Wallace Speck?

El hombre se encogió de hombros. —¿Qué pasa con él?

Ahora los hombros de Murphy se desplomaron.

—¿Qué te parece que estamos haciendo aquí, idiota? —dijo. Su voz resonó en la oscuridad. —¿Crees que estoy aquí, en esta caja de zapatos de cemento contigo, en medio de la noche, por diversión? No me gustas tanto. ¿Speck te contrató para matar a esa mujer?

—Sí.

—¿Y qué sabe Speck sobre mí?

El hombre sacudió su cabeza. —No lo sé.

El puño de Murphy salió disparado e impactó contra la cara del hombre. Sintió romperse el hueso del puente de la nariz. La cabeza del hombre cayó hacia atrás. Dos segundos más tarde, la sangre comenzó a fluir de una fosa nasal, por la cara del hombre, hacia la barbilla.

Murphy dio un paso atrás. No quería mancharse los zapatos de sangre.

—Inténtalo de nuevo.

—Speck dijo que había un tipo de operaciones encubiertas, operaciones especiales. Tenía una pista sobre el paradero del Jefe del Estado Mayor del Presidente, Lawrence Keller. El tipo de operaciones especiales iba a Montreal, era parte del equipo que debía rescatar a Keller. Tal vez él era el conductor. Él quería dinero. Después de eso...

El hombre sacudió su cabeza.

—¿Crees que soy ese tipo? —dijo Murphy.

El tipo asintió, abyecto, desesperado.

—¿Por qué lo piensas?

El hombre dijo algo en voz baja.

—¿Qué? No te oigo.

—Estuve allí —dijo el hombre.

—¿En Montreal?

—Sí.

Murphy sacudió la cabeza. Él sonrió. Se rio esta vez, solo un poco.

—Oh, amigo.

El chico asintió.

—¿Qué hiciste, escapar cuando se puso feo?

—Vi lo que pasaba.

—Y me viste.

No era una pregunta, pero el chico la respondió de todos modos.

—Sí.

—¿Le dijiste a Speck cómo era yo?

El chico se encogió de hombros. Estaba mirando el suelo de hormigón.

—¡Habla! —dijo Murphy. —No tengo toda la noche.

—Nunca hablé con él después de eso. Estaba en la cárcel antes de que saliera el sol.

—Mírame, —dijo Murphy.

El chico levantó la vista.

—Dímelo otra vez, pero no mires hacia otro lado esta vez.

El hombre miró directamente a los ojos de Murphy. —No he hablado con Speck. No sé dónde le retienen, no sé si él ha hablado o no. No tengo ni idea de si él sabe quién eres, pero si lo sabe, es obvio que no te ha delatado todavía.

—¿Por qué no escapaste? —dijo Murphy.

No era una pregunta banal. Murphy se enfrentaba a la misma elección. Él podría desaparecer. Ahora, esta noche, o mañana por la mañana. Pronto. Tenía dos millones y medio de dólares en efectivo. Eso le duraría mucho tiempo a un hombre como él y con sus... habilidades únicas... podría reponerlo de vez en cuando.

Pero pasaría el resto de su vida mirando por encima del hombro. Y, si escapaba, una persona que podría perseguirle era Luke Stone. Ese no era un pensamiento agradable.

El chico se encogió de hombros otra vez. —Me gusta vivir aquí, me gusta mi vida. Tengo un hijo pequeño, al que veo a veces.

A Murphy no le gustó la forma en que el chico deslizó a su hijo en la conversación. Este asesino a sangre fría, un hombre que acababa de admitir que había asesinado a una joven madre y que era cómplice del asesinato de dos niñas pequeñas y solo Dios sabía qué más, estaba tratando de jugar la carta de la empatía.

Murphy fue a la silla y sacó su arma de la funda. Atornilló el silenciador en el cañón de la pistola. Era de los buenos, no iba a hacer mucho ruido. Murphy a menudo pensaba que sonaba como una grapadora de oficina perforando pilas de papel. Clac, clac, clac.

—No tienes motivos para matarme —dijo el hombre detrás de él. —No le he dicho nada a nadie. No voy a hablar con nadie.

Murphy no se había dado la vuelta todavía. —¿Has oído hablar de atar los cabos sueltos? Es decir, tú trabajas en este negocio, ¿no? Speck podría saber quién soy, o no. Pero, definitivamente, tú sí lo sabes.

—¿Sabes sobre cuántos secretos estoy sentado? —dijo el chico. —Si alguna vez me atrapan, créeme, serías lo que menos les interesaría. Ni siquiera sé quién eres, no sé cómo te llamas. Solo vi a un chico esa noche, con el cabello oscuro, tal vez, corto. Metro ochenta, podría ser cualquiera.

Murphy se volvió y lo miró cara a cara. El hombre sudaba, la transpiración aparecía en su rostro. No hacía tanto calor aquí.

Murphy tomó el arma y apuntó al centro de la frente del hombre, sin dudarlo, sin ruido. No dijo una palabra. Cada línea estaba grabada y el hombre parecía estar bañado en un círculo de luz blanca brillante.

El chico hablaba rápido. —Mira, no lo hagas —dijo. —Tengo dinero, mucho dinero en efectivo. Yo soy el único que sabe dónde está.

Murphy asintió con la cabeza. —Sí, yo también.

Apretó el gatillo y...

CLAC.

Sonó un poco más fuerte de lo normal. No había calculado el eco en el gran espacio vacío. Se encogió de hombros, no importaba.

Se fue sin volverse a mirar el cadáver en el suelo.

Diez minutos después, estaba en su coche, conduciendo por la carretera de circunvalación. Sonó su teléfono móvil. El número estaba oculto, pero eso no significaba nada: podría ser bueno, podría ser malo. Él cogió la llamada.

—¿Sí?

Una voz femenina: —¿Murph?

Murphy sonrió. Reconoció la voz al instante.

—Trudy Wellington —dijo. —Qué hermoso momento de la noche para saber de ti. Si me dices desde dónde estás llamando, voy enseguida.

Ella casi se rio. Lo percibió en su voz. Hazlas reír. Ese era el camino hacia su corazón y hacia su dormitorio.

—Ah... sí. Aplaca tu sucia mente, Murph. Te llamo desde las oficinas del Equipo de Respuesta Especial. Hay una crisis y nos han involucrado en ella. Don quiere un montón de gente aquí ya, lo más rápido posible. Tú eres uno de ellos.

CAPÍTULO CUATRO

22:20 horas, Hora del Este
Condado de Fairfax, Virginia
Suburbios de Washington, DC

—¿Qué piensas, cariño?

Luke Stone susurró las palabras. Probablemente nadie podría escucharlas, aparte de él.

Estaba sentado en el largo sofá blanco de su nueva sala de estar, sosteniendo a su bebé de cuatro meses, Gunner, en su regazo. Gunner era un bebé grande y pesado. Llevaba un pañal y una camiseta azul que decía “*El mejor bebé del mundo*”.

Se había quedado dormido en los brazos de Luke hacía un rato. Su barriguita subía y bajaba y roncaba suavemente mientras dormía. ¿Se suponía que los bebés roncaban? Luke no lo sabía, pero de alguna manera el sonido era reconfortante. Más aún, era hermoso.

Ahora Luke sostenía a Gunner en la penumbra y miraba alrededor de la habitación, tratando de encontrarle sentido a la casa.

El lugar era un regalo de los padres de Becca, Audrey y Lance. Eso, por sí solo, era difícil de tragar. Nunca podría permitirse este lugar con su sueldo de funcionario, aunque era mucho más alto que el del Ejército. Becca no trabajaba en absoluto. Entre los dos, aunque Becca estuviera trabajando, no podrían permitirse esta casa. Y eso le hizo darse cuenta a Luke de cuánto dinero realmente tenía la familia de Becca.

Sabía que eran ricos, pero Luke había crecido sin dinero, no sabía lo que era ser rico. Él y Becca habían estado viviendo en la cabaña de su familia, que daba a la Bahía de Chesapeake, en la costa oriental. Para Luke, aquella cabaña de cien años, a pesar de que estaba a una hora y media de viaje de su trabajo, era un sitio espectacular para vivir. Luke estaba acostumbrado a dormir en el suelo duro, o no dormir en absoluto.

Pero, ¿este lugar?

Echó un vistazo alrededor de la casa. Era una casa moderna, con ventanas de suelo a techo, como sacada de una revista de arquitectura. Era como una caja de cristal. Cuando llegara el invierno, cuando nevara, podía imaginarse que sería como uno de esos viejos globos de nieve que la gente solía tener cuando era un niño. Se imaginó las próximas Navidades: simplemente sentado en esta impresionante sala de estar a doble altura, el árbol en la esquina, la chimenea encendida, la nieve cayendo a su alrededor.

Y eso era solo la sala de estar. Sin mencionar la cocina rústica de gran tamaño, con la isla en el medio y el refrigerador gigante de doble puerta, con el congelador en la parte inferior. Sin mencionar la cama de matrimonio y el baño principal. Sin mencionar el resto del lugar. Sin mencionar que esta casa estaba a unos doce minutos en coche de la oficina.

Desde donde Luke estaba sentado en el sofá, podía ver las grandes ventanas, orientadas al sur y al oeste. La casa estaba asentada sobre una pequeña colina ondulada de hierba. La altura extendía sus vistas. La casa estaba en un barrio tranquilo de otras casas grandes, alejadas de la calle. No había estacionamiento en la calle. En este vecindario, las personas estacionaban en sus propios caminos o garajes.

Ellos no habían conocido a muchos de sus vecinos todavía, pero Luke se imaginaba que eran abogados, médicos, tal vez personas con puestos de trabajo de alto nivel en grandes empresas. Tenía sentimientos encontrados al respecto. No por la gente, sino por el lugar.

Por un lado, él no tenía confianza con Audrey y Lance.

A los padres de Becca nunca les había gustado Luke. Siempre lo habían dejado claro. Incluso después de que Gunner naciera, dejaron de mala gana que él y Becca vivieran en la cabaña. Audrey era especialmente una experta en hacer comentarios sarcásticos y maniobras de socavación.

La imaginó en su mente: había algo en ella que le recordaba a un cuervo. Tenía los ojos hundidos, con iris tan oscuros que parecían casi negros. Tenía una nariz afilada, como un pico. Era de huesos pequeños y cuerpo delgado. Y siempre flotaba cerca, como un presagio de malas noticias.

Pero entonces el Equipo de Respuesta Especial llevó a cabo un par de operaciones de alto perfil y Audrey y Lance conocieron al legendario Don Morris, pionero de operaciones especiales y director del Equipo de Respuesta Especial.

De repente, sintieron que él y Becca necesitaban una casa mejor y más cerca de su trabajo. Y así fue como llegaron aquí.

Sacudió la cabeza por la velocidad de los acontecimientos. Era conocido en su carrera por sus repentinos reflejos y su inmediata respuesta, pero la compra de esta casa había sucedido tan rápido que casi le hizo perder la cabeza.

Dos personas que le habían detestado intensamente durante años ahora le acababan de ofrecer el mayor regalo que alguien le había hecho.

Se detuvo y escuchó el silencio. Respiró hondo, casi al mismo ritmo que su hijo pequeño. No. Eso no era cierto, este niño era el mejor regalo que le habían dado. La casa no era nada comparada con esto.

Sobre la mesa frente a él, su teléfono se encendió. Lo miró fijamente, la luz azul arrojaba sombras locas en la penumbra. El teléfono estaba en silencio porque el timbre estaba apagado. No quería molestar al bebé, ni a la mamá, que estaba disfrutando de un poco de sueño bien merecido y muy necesario en el dormitorio.

Miró la hora: eran las diez pasadas. Eso solo podía significar un par de cosas. O un viejo amigo militar estaba borracho marcando, se habían equivocado de número, o... Miró el teléfono hasta que se detuvo y se oscureció.

Un momento después, comenzó de nuevo.

Suspiró y miró el número. Por supuesto, era del trabajo.

Él cogió el teléfono.

—¿Hola?

Lo dijo con la voz más baja de *estoy dormido*, ¿por qué me molestas? de que fue capaz.

La voz femenina de Trudy Wellington habló. La imaginó: joven, hermosa, inteligente, con el cabello castaño cayendo sobre sus hombros.

—¿Luke?

—Sí.

Su tono era profesional. Lo que casi había sucedido entre ellos y de lo que nunca hablaron, parecía alejarse en su espejo retrovisor. Eso era probablemente lo mejor.

—Luke, tenemos una crisis. Don está reuniendo al equipo habitual. Yo ya estoy aquí. Swann, Murphy y Ed Newsam están de camino.

—¿Ahora? —Él hizo la pregunta, aunque sabía la respuesta.

—Sí, ahora.

—¿Puede esperar? —preguntó Luke.

—Más bien no.

—Hmmm.

—¿Luke? Trae tu mochila de supervivencia.

Él puso los ojos en blanco. Estaban teniendo problemas para conciliar el trabajo y la vida familiar. No por primera vez, se preguntó si lo que hacía para ganarse la vida no era compatible con el hogar feliz que él y Becca estaban tratando de construir por sí mismos.

—¿A dónde vamos? —dijo.

—Clasificado. Lo averiguarás en la reunión.

El asintió. —De acuerdo.

Colgó el teléfono y respiró hondo.

Alzó al bebé en sus brazos, se puso de pie y caminó por el pasillo hasta el dormitorio principal. Estaba oscuro, pero podía ver lo suficientemente bien. Becca dormitaba en la gran cama de matrimonio. Se agachó y colocó al bebé a su lado, solo tocando su piel. En su medio sueño, hizo un pequeño sonido de placer. Ella puso una mano suavemente sobre el bebé.

Los miró a los dos por un momento; mamá y bebé. Una ola de amor tan intensa que nunca podría describir se apoderó de él. Apenas podía entenderlo él mismo, imagina explicárselo a otra persona. Estaba más allá de las palabras.

Eran su vida.

Pero también tenía que irse.

CAPÍTULO CINCO

23:05 horas, Hora del Este
Sede del Equipo de Respuesta Especial
McLean, Virginia

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó Kevin Murphy.

Iba vestido al estilo casual de negocios, como si acabara de llegar de una reunión de jóvenes profesionales.

Mark Swann, vestido de cualquier manera menos formal, sonrió. Llevaba una camiseta negra de Los Ramones y pantalones vaqueros rotos. Su cabello estaba recogido en una cola de caballo.

—¿En el sentido existencial? —dijo.

Murphy sacudió la cabeza. —No, en el sentido de por qué estamos todos juntos en esta habitación en mitad de la noche.

La sala de reuniones, a lo que Don Morris a veces se refería con optimismo como el Centro de Mando, era una larga mesa rectangular con un dispositivo de altavoz montado en el centro. Había puertos de datos, donde las personas podían enchufar sus ordenadores portátiles, espaciados cada medio metro. Había dos grandes monitores de vídeo en la pared.

La sala era algo pequeña y Luke había estado en reuniones aquí con hasta veinte personas. Veinte personas hacían que la habitación pareciera un vagón lleno de gente en el metro de Tokio en hora punta.

—Está bien, chicos —dijo Don Morris. Don llevaba una camisa ajustada y las mangas remangadas hasta la mitad de los antebrazos. Tenía un café en una gruesa taza de cartón frente a él. Su cabello blanco estaba muy bien recortado, como si acabara de ir a la peluquería esta tarde. Su lenguaje corporal era relajado, pero sus ojos eran tan duros como el acero.

—Gracias por venir y tan rápido. Pero dejad a un lado las bromas ahora, si no os importa.

Alrededor de la sala, la gente murmuró su asentimiento. Además de Don Morris, Swann, Murphy y Luke, Ed Newsam estaba aquí, relajado en su silla, vestido con una camisa negra de manga larga que abrazaba su musculado tórax. Llevaba vaqueros y botas de trabajo amarillas Timberland, con los cordones desatados. Parecía que esta reunión lo había despertado de un sueño profundo.

También estaba Trudy Wellington. Llevaba una blusa y pantalones formales, como si no se hubiera ido a casa después del trabajo. Llevaba sus gafas rojas encima de la cabeza. Parecía alerta, también tomaba café y ya había comenzado a teclear información en el ordenador portátil frente a ella. Lo que fuera que estuviera pasando, ella había sido informada la primera.

En el otro extremo de la mesa, cerca de las pantallas de vídeo, había un general de cuatro estrellas alto y delgado, con impecable uniforme verde. Su cabello gris estaba recortado hasta el cuero cabelludo. Su cara estaba desprovista de pelo, como si acabara de afeitarse antes de entrar aquí. A pesar de lo avanzado de la hora, el tipo parecía fresco y listo para seguir otras veinticuatro, o cuarenta y ocho horas, o el tiempo que fuera necesario.

Luke lo había visto una vez antes, pero aunque no fuera así, él ya conocía a ese tipo de hombre. Cuando se despertaba todas las mañanas, hacía su cama antes de hacer cualquier otra cosa, ese era el primer logro del día y le preparaba para más. Antes de que el sol asomara, el tipo probablemente ya había corrido diez kilómetros y se había comido un plato de cereales y bebido un café de alto octanaje. Llevaba escrito el orgullo de West Point sobre todo su cuerpo.

Sentado a la mesa cerca de él había un coronel, con un ordenador portátil frente a él y una pila de papeles. El coronel todavía no había levantado la vista del ordenador.

—Amigos —dijo Don Morris. —Me gustaría presentaros al general Richard Stark del Estado Mayor Conjunto de Estados Unidos y su ayudante, el coronel Pat Wiggins.

Don miró al general.

—Dick, el grupo de expertos del Equipo de Respuesta Especial está a tu disposición.

—Tal como está —dijo Mark Swann.

Don Morris frunció el ceño a Swann, con la mirada que le echaría a un hijo adolescente bocazas, pero no dijo nada.

—Señores, —dijo Stark, luego se inclinó a Trudy. —Y señora. Iré directo al grano. Se está llevando a cabo un ataque con rehenes en el Ártico de Alaska y el Presidente de los Estados Unidos ha autorizado un rescate. Él ha estipulado que el rescate involucre la supervisión y participación de una agencia civil. Y aquí es donde entran ustedes.

—Cuando hablé con el Presidente, se me ocurrió que ustedes nos ofrecen lo mejor de ambos mundos: el Equipo de Respuesta Especial es una agencia civil de aplicación de la ley, pero está compuesta por ex operadores especiales militares. El director del FBI ha autorizado su participación y Don ha sido muy amable al convocar esta reunión en tan corto plazo.

Miró al grupo. —¿Me siguen?

Hubo un murmullo general de acuerdo.

El coronel controlaba la pantalla de vídeo desde su ordenador portátil. Apareció un mapa del norte de Alaska, junto con una franja del Océano Ártico. Un pequeño punto en el mar estaba rodeado de rojo.

—Esta es una situación en rápido desarrollo. Lo que puedo decir es que hace una hora y media, un grupo de hombres fuertemente armados atacó y secuestró una plataforma petrolera en el Océano Ártico. Había aproximadamente noventa hombres ocupando esa instalación y la isla artificial que la rodea y un número desconocido de esos hombres murieron en el ataque inicial. Algunos fueron tomados como rehenes, aunque no sabemos cuántos.

—¿Quién atacó a la plataforma? —preguntó Luke.

El general sacudió la cabeza. —No lo sabemos. Han rechazado nuestros intentos de contacto, aunque han enviado vídeos de trabajadores de la plataforma, reunidos en una habitación y retenidos a punta de pistola por hombres con máscaras negras. El audio del equipo de supervisión de la plataforma nos ha sido puesto a disposición por la compañía propietaria. El sonido es de baja calidad, pero capta algunas voces. Además del inglés que hablan los trabajadores, parece que hay hombres que hablan un idioma de Europa del Este, posiblemente eslavo, aunque no tenemos evidencia real que lo respalde.

En la pantalla, el mapa cambió a imágenes aéreas de la plataforma y el campamento que la rodea. La plataforma petrolera, probablemente de treinta o cuarenta pisos de altura, dominaba la primera imagen. Por debajo de la plataforma había numerosos barracones tipo Quonset, así como pasarelas entre ellos. Alrededor del pequeño complejo había un vasto mar helado.

Apareció una imagen ampliada. Mostraba el complejo y los edificios en detalle. No había gente de pie en ningún lado. Había al menos una docena de cuerpos tirados en el suelo, algunos con halos de sangre a su alrededor.

Otra imagen apareció. Estirada sobre el suelo había una gran pancarta blanca con letras negras pintadas a mano.

AMÉRICA MENTIROsos + HIPÓCRITAS.

—Un mensaje claro —dijo Swann.

—Es cierto que tenemos muy poco con lo que seguir. La pancarta ciertamente sugiere un ataque de ciudadanos extranjeros. Todas nuestras imágenes de drones nos muestran el complejo desprovisto de personal. Los atacantes parecen haber llevado a todos los trabajadores supervivientes al interior. Ya sea dentro de estos edificios que se ven, o a bordo de la propia plataforma, no lo sabemos.

Por un momento, la pantalla quedó en blanco.

—Tenemos un plan para recuperar las instalaciones, neutralizar a los terroristas y rescatar a cualquier personal civil que aún esté vivo. El plan implica una infiltración y asalto, utilizando

principalmente efectivos Navy SEAL en activo, así como ustedes mismos. Para llevar a cabo ese plan, necesitamos trasladarles al Ártico de Alaska, lo que significa que debemos darnos prisa.

Ed Newsam levantó una mano. —¿Cuándo piensa llevar a cabo este plan?

El general asintió. —Esta noche, antes de la primera luz. Cada experiencia que hemos tenido con los terroristas en los últimos años sugiere que permitir que una situación se prolongue es una receta para el fracaso y el desastre. El público se involucra, al igual que los políticos. Los medios lo ponen en bucle en la televisión las veinticuatro horas. Adivinar la respuesta del gobierno se convierte en un pasatiempo nacional. Un largo enfrentamiento emociona e inspira a los terroristas compañeros de viaje en otros lugares. Imágenes de rehenes con los ojos vendados, retenidos a punta de pistola...

Sacudió la cabeza.

—No exploremos ese camino. El grupo en cuestión atacó sin previo aviso y nosotros haremos lo mismo. Atacarlos antes del amanecer, al amparo de la oscuridad, solo unas horas después de su propio asalto, nos permite retomar la iniciativa. Una incursión victoriosa y tengo toda la confianza en su éxito, demostrará a otros grupos terroristas que hablamos en serio.

Stark analizó las miradas del personal del Equipo de Respuesta Especial.

—Creemos que el Equipo de Respuesta Especial es la agencia civil adecuada para participar en esta operación. Si ustedes no están de acuerdo... —Dejó la frase sin terminar.

Luke tenía que admitir que a él no le gustaba todo esto. Acababa de dejar a su esposa y a su hijo en la cama. ¿Ahora se suponía que debía ir al Ártico?

—El Ártico de Alaska tiene que estar a unos cuatro mil kilómetros —dijo Swann. —¿Cómo se supone que vamos a llevar a nuestra gente allí antes del próximo amanecer?

Stark asintió nuevamente. —Algo menos de cuatro mil quinientos kilómetros. Correcto, es un largo camino. Pero les llevamos cuatro horas de adelanto. En la plataforma petrolera, ahora son casi las siete y media de la tarde. Tomaremos ventaja de la diferencia horaria.

Se detuvo un momento.

—Y tenemos la tecnología para llevarles allí más rápido de lo que imaginan.

* * *

—¿Qué no nos está diciendo? —preguntó Luke.

Estaba sentado en la oficina de Don, mirándolo a través de la amplia extensión del escritorio.

Don se encogió de hombros. —Ya sabes que siempre esconden algo. Hay algo clasificado sobre la plataforma petrolera, tal vez. O que saben más acerca de los autores de lo que dicen. Podría ser cualquier cosa.

—¿Por qué nosotros? —preguntó Luke.

—Ya has escuchado al hombre —dijo Don. —Necesitan participación y supervisión civil. La orden viene directamente del Presidente. El hombre es liberal desde hace mucho tiempo y piensa que el ejército es un gran hombre del saco. Poco sabe él que las agencias civiles están repletas de ex militares.

—Pero mira lo pequeños que somos —dijo Luke. —Sin ofender, Don. Pero la Agencia de Seguridad Nacional es una agencia civil. El FBI también lo es. Ambas tienen mucho más alcance que nosotros.

—Luke, nosotros *somos* el FBI.

Luke asintió con la cabeza. —Sí, pero la Oficina propiamente dicha tiene sucursales en el terreno cercano a la acción. En cambio, quieren desplazarnos por todo el continente.

Don miró a Luke durante un largo momento. Por primera vez, realmente le sorprendió a Luke lo ambicioso que era Don. El Presidente quería al Equipo de Respuesta Especial en este asunto. Pero Don lo deseaba igualmente, si no más. Estas misiones eran plumas en el sombrero de Don. Don Morris había reunido un equipo de campeones mundiales y quería que el mundo lo supiera.

—Como sabes —dijo Don, —las oficinas de campo están llenas de agentes de campo. Investigadores y policías, básicamente. Nosotros somos un grupo de operaciones especiales. Para eso estamos preparados y eso es lo que hacemos. Somos rápidos y ligeros, golpeamos duro y nos hemos ganado una reputación, no solo de éxito en circunstancias difíciles, sino también de total discreción.

Luke y Don se miraron a través del amplio escritorio.

Don sacudió la cabeza. —¿Quieres echarme atrás, hijo? No pasa nada. No tienes que demostrar nada a nadie y menos a mí. Pero en este momento, tu equipo se está preparando.

Luke se encogió de hombros. —Yo ya estoy preparado.

La amplia sonrisa de Don apareció de repente. —Bien. Estoy seguro de que lo haréis todo bien y estaréis de vuelta aquí para el desayuno.

* * *

—Vamos, tío, —dijo Ed Newsam. —Esta misión no se va a resolver sola.

Ed estaba en la puerta de Luke. Estaba allí, de pie, cargando con una pesada mochila. No parecía entusiasmado ni emocionado. Si Luke tuviera que usar una palabra para describir el aspecto de Ed, diría que estaba *resignado*.

Luke estaba sentado en su escritorio, mirando el teléfono.

—El helicóptero está en la plataforma.

Luke asintió con la cabeza. —Entendido. Voy ahora mismo.

Estaban a punto de irse. Mientras tanto, Luke padecía una dolencia que él llamaba el síndrome del teléfono de mil kilos. Era físicamente incapaz de levantar el auricular y hacer una llamada.

—Maldición —susurró por lo bajo.

Había revisado y vuelto a revisar sus maletas. Llevaba su equipo estándar para un viaje nocturno. Tenía su Glock de nueve milímetros, en su funda de cuero, con varios cargadores repletos adicionales.

Sobre el escritorio había una bolsa de ropa con muda para dos días. Una pequeña mochila llena de artículos de tocador de tamaño de viaje, un montón de barritas energéticas y un blíster con media docena de píldoras Dexedrina estaba depositado al lado de la bolsa de ropa.

Las Dexis eran anfetaminas, estaban prácticamente en el manual de instrucciones para operadores especiales. Te mantendrían despierto y alerta durante horas y horas. Ed a veces las llamaba “las empinadoras más rápidas”.

Estos eran suministros genéricos, pero no tenía sentido tratar de ser más específico. Iban al Ártico, la operación requeriría equipo especializado y ese equipo se les proporcionaría cuando aterrizaran. Trudy ya había adelantado las medidas de todos.

Así que ahora miraba el teléfono.

Había salido de la casa sin, apenas una palabra de explicación para ella. Por supuesto, ella estaba dormida, pero eso no cambiaba nada.

Y la nota sobre la mesa del comedor tampoco explicaba nada.

Me han llamado para una reunión tardía. Puede que tenga que pasar la noche fuera. Te quiero, L

Una “noche fuera”, sin más detalles. Parecía un universitario copiando para el examen final. Se había acostumbrado a mentirle sobre el trabajo y se estaba convirtiendo en un hábito difícil de romper.

¿De qué serviría decirle la verdad? Podía llamarla ahora mismo, despertarla de un sueño profundo, despertar al bebé y hacer que comenzara a llorar, ¿todo para decirle qué?

—Hola, cariño, voy en dirección al Círculo Polar Ártico, para echar a unos terroristas que han atacado una plataforma petrolífera. Hay cadáveres por todo el suelo. Sí, parece que me dirijo hacia otro baño de sangre. En realidad, puede que nunca te vuelva a ver, pero no te preocupes, vuelve a dormirte. Dale un beso a Gunner de mi parte.

No, era mejor arriesgarse, llevar a cabo la operación y confiar en que, entre los Navy SEAL y el Equipo de Respuesta Especial, tenían las mejores personas para hacer el trabajo. Llámala por la mañana, después de que todo termine. Si todo sale bien y estáis todos de una pieza, dile que tuviste que volar a Chicago para entrevistar a un testigo. Continúa alimentando la ficción de que trabajar para el Equipo de Respuesta Especial es principalmente una especie de trabajo de detective, empañado por algún estallido ocasional de violencia.

Bueno, eso es lo que haría.

—¿Estás listo? —dijo una voz. —Todos los demás están abordando el helicóptero.

Luke levantó la vista. Mark Swann estaba de pie en la puerta. Siempre era un poco sorprendente ver a Swann. Con su cola de caballo, sus gafas de aviador, el mechón de barba rala en su barbilla y las camisetas de rock-and-roll que siempre llevaba... prácticamente podría llevar un letrero colgando del cuello: NO MILITAR.

Luke asintió con la cabeza. —Sí, estoy listo.

Swann estaba sonriendo. No, mejor dicho, estaba radiante, como un niño en Navidad. Era algo extraño, dado que se enfrentaban a un vuelo tedioso a través de América del Norte, seguido de un ataque estresante contra un enemigo desconocido.

—Me acabo de enterar de cómo nos van a llevar allí —dijo Swann. —No te lo vas a creer, es absolutamente increíble.

—No sabía que tú también venías en este viaje —dijo Luke.

En todo caso, la sonrisa de Swann se hizo aún más amplia.

—Pues ya lo sabes.

CAPÍTULO SEIS

5 de septiembre de 2005

08:30 horas, Hora de Moscú (00:30 horas, Hora del Este)

El Acuario

Sede de la Dirección Principal de Inteligencia (GRU)

Aeródromo de Khodynka

Moscú, Rusia

—¿Qué noticias hay de nuestro amigo? —dijo el hombre llamado Marmilov.

Estaba sentado en su escritorio, en una oficina del sótano sin ventanas, fumando un cigarrillo. Había un cenicero de cerámica, encima del escritorio de acero verde frente a él. Aunque era temprano, ya había cinco colillas de cigarrillos aplastadas en el cenicero. En el escritorio también había una taza de café (aderezado con un chorro de whisky, Jameson, importado de Irlanda).

Por la mañana, el hombre fumaba y bebía café solo. Así era como comenzaba su día. Llevaba un traje oscuro y el poco cabello que le quedaba caía sobre la parte superior de su cabeza, endurecido y sostenido en su lugar por la laca para el cabello. Todo el hombre era ángulos duros y huesos sobresalientes. Parecía casi un espantapájaros. Pero sus ojos eran agudos y conscientes.

Había vivido mucho tiempo y había visto muchas cosas. Había sobrevivido a las purgas de la década de 1980 y, cuando llegó el cambio, en la década de 1990, también sobrevivió. El GRU en sí había quedado intacto, a diferencia de su pobre hermano pequeño, el KGB. El KGB había sido destrozado y dispersado al viento.

El GRU era tan grande y poderoso como siempre, tal vez más. Y Oleg Marmilov, de cincuenta y ocho años, había desempeñado un papel integral en él durante mucho tiempo. El GRU era un pulpo, la agencia de inteligencia rusa más grande, con sus tentáculos en operaciones especiales, redes de espionaje en todo el mundo, interceptación de comunicaciones, asesinatos políticos, desestabilización de gobiernos, tráfico de drogas, desinformación, guerra psicológica y operaciones de bandera falsa, sin mencionar el despliegue de 25.000 tropas de élite Spetsnaz.

Marmilov era un pulpo que vivía dentro del pulpo. Sus tentáculos estaban en tantos lugares, que a veces un subordinado acudía a él con un informe y se quedaba en blanco por un momento antes de recordar:

—Oh sí. *Eso*. ¿Cómo va?

Pero algunas de sus actividades estaban muy presentes en su mente.

Atornillado a la parte superior de su escritorio había un monitor de televisión. Para un estadounidense de la edad adecuada, el monitor parecería similar a los televisores que funcionan con monedas, que alguna vez adornaron las estaciones de autobuses interurbanos en todo el país.

En la pantalla, se mostraban imágenes en directo de cámaras de seguridad. El hombre asumía que había un retraso en la llegada de datos, posiblemente de medio minuto. Por lo demás, el metraje iba al momento.

Las imágenes eran oscuras, había anochecido, pero Marmilov podía ver lo suficientemente bien. Una escalera de hierro que sube por el costado de una plataforma petrolera. Un grupo de barracones de aluminio corrugado y maltratadas en una parcela de tierra fría y árida. Una pequeña instalación portuaria en un mar helado, con un pequeño y resistente barco rompehielos atracado. No parece que haya gente en las imágenes.

Marmilov miró al hombre de pie frente a su escritorio.

—¿Y bien? ¿Hay noticias?

El visitante era un hombre más joven, quien, a pesar de que vestía un traje de negocios civil monótono y mal ajustado, parecía estar en posición de firmes. Se quedó mirando algo en una distancia imaginaria, en lugar de mirar al hombre sentado delante de él.

—Sí, señor. Nuestro contacto ha transmitido el mensaje de que se ha elegido un grupo de comandos. La mayoría de ellos están ya agrupados en el campo de aviación de Deadhorse, Alaska. Varios más, que representan la supervisión civil del proyecto, están de camino en un avión supersónico y llegarán en las próximas horas.

El hombre hizo una pausa. —A partir de entonces, probablemente pasará muy poco tiempo antes de que se despliegue la fuerza de asalto.

—¿Es fiable esta información? —preguntó Marmilov.

El hombre se encogió de hombros. —Proviene de una reunión secreta celebrada en la propia Casa Blanca. La reunión podría por supuesto ser una trampa, pero creemos que no. El Presidente estuvo presente, al igual que los miembros del mando militar.

—¿Conocemos el método de ataque?

El hombre asintió con la cabeza. —Creemos que desplegarán hombres rana, que nadarán hacia la isla artificial, emergerán debajo del hielo y llevarán a cabo el ataque.

Marmilov pensó en eso. —El agua debe estar bastante fría.

El hombre asintió con la cabeza. —Sí.

—Suenan como una misión bastante difícil.

Ahora el joven mostró el fantasma de una sonrisa. —Los hombres rana llevarán un equipo submarino engorroso, diseñado para protegerlos del frío y nuestra inteligencia sugiere que llevarán sus armas en paquetes sellados. Cuentan con el elemento sorpresa, un ataque furtivo de buzos de élite altamente entrenados. Se pronostica que el clima será muy malo y volar será difícil. Hasta donde sabemos, no se planea ningún ataque simultáneo por mar o por aire.

—¿Pueden repelerlos nuestros amigos? —preguntó Marmilov.

—Teniendo en cuenta la advertencia anticipada de su aproximación y conociendo el método de ataque, es posible que nuestros amigos los estén esperando y los maten a todos. Después de eso...

El hombre se encogió de hombros. —Por supuesto, los estadounidenses dejarán caer el martillo. Pero eso no será asunto nuestro.

Oleg Marmilov le devolvió la sonrisa al joven. Dio otra calada al cigarrillo.

—Excepcional —dijo. —Mantenme informado de los acontecimientos.

—Por supuesto.

Marmilov señaló el monitor de su escritorio. —Y, naturalmente, soy un gran aficionado al deporte. Cuando comience la acción, veré cada momento en la TV.

CAPÍTULO SIETE

00:45 horas, Hora del Este (20:45 horas, Hora de Alaska del 4 de septiembre) Los cielos sobre la Península Superior Michigan

El avión experimental salió disparado a través del cielo negro.

Luke nunca había estado en un avión como este. Todo era inusual. Cuando los integrantes del Equipo de Respuesta Especial se acercaron a la pista, las luces se apagaron. No solo las luces del avión en sí, sino las luces cercanas de la pista y del aeropuerto. El avión estaba depositado allí en algo cercano a la oscuridad total.

Su fuselaje tenía una forma extraña. Era muy estrecho, con una nariz caída, como un pájaro que sumerge su pico en el agua. Los estabilizadores traseros tenían una forma triangular extraña que Luke no había visto antes.

En el interior, el diseño de la cabina también era inusual. En lugar de estar configurado como un típico avión de empresa o del Pentágono, o incluso el jet del Equipo de Respuesta Especial, con asientos de tipo cubo y mesas desmontables, la cosa se había diseñado como la sala de estar de alguien.

Había un largo sofá seccional a lo largo de una pared, su respaldo alto bloqueaba donde normalmente habría pequeñas ventanas ovaladas. Había dos sillones reclinables frente a él y, entre el sofá y los sillones, una pesada mesa de madera, como una mesa de café, atornillada al suelo. Más extraño aún, directamente enfrente del sofá había una televisión extragrande de pantalla plana, bloqueando donde debería estar la otra hilera de ventanas.

Lo más curioso de todo, desde donde Luke estaba sentado en el sofá, a su izquierda había un tabique de vidrio grueso. Una puerta de cristal estaba tallada en el centro. Al otro lado de la partición había otra cabina de pasajeros, esta con asientos más típicos de un pequeño avión de pasajeros. Dos hombres estaban sentados dentro de esa cabina, discutiendo algo y mirando la pantalla de un ordenador portátil.

El tabique de cristal era aparentemente a prueba de ruido, ya que los hombres parecían estar hablando normalmente y Luke no podía escuchar nada de lo que decían. Los hombres tenían aspecto y porte militar, uno con chaqueta y corbata y otro con camiseta y vaqueros. El hombre de la camiseta era grande y musculoso.

—Es un SST —dijo Swann. Estaba sentado en el sofá con Luke, justo al otro lado de Trudy Wellington, que estaba sentada entre ellos, estudiando documentos en su ordenador portátil. La mera existencia del avión parecía excitar a Swann de una manera que Luke no entendía muy bien.

—Supersónico, pero no un avión de combate, sino de pasajeros. Dado que los franceses se rindieron con el Concorde y los rusos se rindieron con el Tupolev, nadie en la Tierra ni siquiera reconocerá haber trabajado en aviones supersónicos de pasajeros.

—Supongo que alguien ha estado trabajando en este —dijo Luke.

Murphy, sentado en uno de los sillones reclinables, hizo un gesto con la cabeza hacia el tabique de cristal.

—Me pregunto quién son los monos que están detrás de la puerta número tres.

El gran Ed Newsam, tumbado como una gran montaña en el otro sillón reclinable, asintió lentamente. —Yo también, tío.

—No os preocupéis por eso —dijo Swann. Señaló la pantalla de televisión frente al sofá. La pantalla mostraba actualmente una imagen de un avión, bordeando la frontera norte de los Estados Unidos sobre el estado de Michigan. Los datos al pie de la imagen mostraban la altitud, velocidad y tiempo hasta el destino.

—Mirad esos números. Altitud 17.500 metros. Velocidad 2.100 kilómetros por hora, aproximadamente Mach 2, el doble de la velocidad del sonido. Llevamos en el aire poco más de treinta minutos y solo nos quedan unas dos horas y media para llegar. Absolutamente inimaginable para un avión de este tamaño, que imagino que tiene aproximadamente el mismo perfil que un Gulfstream típico. ¿Te imaginas el empuje que tiene que tener esta cosa para superar la resistencia? Y ni siquiera se ha escuchado una explosión sónica.

Se detuvo por un segundo y miró a su alrededor.

—¿Habéis escuchado algo?

Nadie le respondió. Todos los demás parecían tener en mente el destino, la misión y la naturaleza misteriosa de los dos hombres en la otra habitación. La forma en que estaban llegando al destino era irrelevante. Para Luke, el avión era solo otro juguete de niños grandes, probablemente demasiado caro.

Pero a Swann le encantaban sus juguetes. —Una observación sobre nuestra ruta de vuelo. Estamos de camino hacia el Ártico de Alaska y, de lejos, la forma más eficaz de llegar es cruzando Canadá con un movimiento en diagonal al noroeste a través de su corazón. Pero, en vez de eso, estamos bordeando la frontera. ¿Por qué?

—¿Porque nos gusta la ineficiencia? —dijo Ed Newsam y sonrió.

Swann ni siquiera entendió el chiste. Sacudió la cabeza. —No. Porque si cruzamos Canadá, tenemos que explicarles lo que es esta cosa, que se mueve a dos veces la velocidad del sonido, por encima de su espacio aéreo. Pueden ser uno de nuestros aliados más cercanos, pero no queremos contarles nada acerca de este avión. Eso me dice que está clasificado.

—En la práctica, —dijo Trudy, sin levantar la vista de su equipo—, tendremos que cruzar a Canadá en algún momento. Alaska no está unida al resto de los Estados Unidos.

Swann miró a Trudy.

—Ay, —dijo Ed. —Lección de geografía. Eso ha tenido que doler.

—¿Podemos hablar de otra cosa? —dijo Murphy. —¿Por favor?

Luke miró a Trudy Wellington, sentada a su lado. Estaba acurrucada en el sofá en una pose habitual en ella, con las piernas cruzadas debajo. Podría estar sentada en el sofá de su casa, comiendo palomitas de maíz y a punto de ver una película. Su cabello rizado le colgaba y sus gafas rojas estaban en la punta de su nariz. Se estaba desplazando por una pantalla.

—¿Trudy? —dijo Luke.

Ella levantó la vista. —¿Sí?

—¿Qué estamos haciendo aquí?

Ella lo miró fijamente. Sus ojos encantadores se abrieron de sorpresa.

—La mejor suposición —dijo él. —¿Quiénes son los terroristas, qué quieren, por qué han atacado una plataforma petrolera y por qué ahora?

—¿Eso te va a ayudar? —contestó ella. —Quiero decir, ¿con la misión?

Luke se encogió de hombros. —Podría. Parece que estamos a ciegas acerca de todo y nadie parece interesado en iluminarnos ni un poco.

—O hablar con nosotros, en cualquier caso —dijo Murphy. Seguía mirando a los hombres al otro lado del cristal.

—Está bien —dijo Trudy. —Os voy a contar la parte fácil, primero. ¿Por qué atacar una plataforma petrolera y por qué ahora? Después haré una suposición muy confusa acerca de quiénes son y lo que quieren.

Luke asintió con la cabeza. —Somos todo oídos.

—Voy a suponer que nadie tiene conocimiento previo, —dijo Trudy.

Ed Newsam estaba tan relajado en su sillón que parecía que podría caerse al suelo. —Esa es probablemente la suposición más cierta que he oído en todo el día.

Trudy sonrió. —El Océano Ártico se está derritiendo —dijo. —La gente, los países, los medios de comunicación, las grandes corporaciones, todos debaten sobre los efectos a largo plazo del calentamiento global, o si es que existe. El consenso entre la gran mayoría de los científicos es que está pasando. Nadie está obligado a estar de acuerdo con ellos, pero lo que no se puede negar es que las capas de hielo polares, que en gran medida están congeladas desde el comienzo de la historia humana, ahora se están derritiendo, que lo están haciendo rápidamente y a un ritmo acelerado.

—Terrorífico —dijo Mark Swann. —El fin del mundo tal como lo conocemos.

—Y me siento bien —agregó Murphy.

Trudy se encogió de hombros. —No vayamos tan lejos. Quedémonos solo con lo que sabemos. Y lo que sabemos es que, cada año, el Océano Ártico tiene menos hielo que el año anterior. En poco tiempo, posiblemente dentro de nuestras vidas, puede que el hielo desaparezca completamente. Ya, la capa de hielo es más delgada y cubre menos superficie, durante menos meses del año, que en cualquier otro momento que sepamos.

—Y esto significa... —dijo Luke.

—Significa que el Ártico se está abriendo. Se abrirán rutas de envío que nunca antes habían tenido tráfico. En este lado del mundo, estamos hablando del Paso del Noroeste, que se extiende entre islas canadienses y que Canadá considera dentro de su territorio soberano. En el otro lado del Ártico, estamos hablando del Paso del Noreste, que bordea la costa norte de Rusia y que Rusia considera sus aguas territoriales. En particular, cuando el hielo se abra para siempre, el Pasaje del Noreste ruso se convertirá en la ruta de envío más corta y rápida entre las fábricas de Asia y los mercados de consumo en Europa.

—Y si los rusos lo controlan... —comenzó Murphy.

Trudy asintió con la cabeza. —Correcto. Controlarán la mayor parte del comercio mundial. Pueden gravarlo, cobrar aranceles y los puertos rusos, que han sido en su mayoría puestos avanzados congelados durante cientos de años, pueden convertirse repentinamente en puertos de escala.

—Y, si así lo desearan, podrían...

Trudy seguía asintiendo. —Sí, podrían cerrarlo. Mientras tanto, el Pasaje del Noroeste es un poco incierto. Si miras un mapa, realmente es parte de Canadá. Pero Estados Unidos quiere reclamarlo, potencialmente creando conflictos entre dos países vecinos, aliados a largo plazo y socios comerciales.

—Así que piensas que los rusos... —comenzó Ed.

Trudy levantó una mano. —Pero eso no es todo. Hay ocho países que rodean el Océano Ártico. Los Estados Unidos, Canadá y Rusia, por supuesto, pero también Suecia, Noruega, Islandia, Finlandia y Dinamarca. Dinamarca reclama la posesión del territorio de Groenlandia. Y la cuestión más importante es que se cree que un tercio de las reservas mundiales de petróleo y gas natural, que aún están sin explotar, se encuentran bajo el hielo del Ártico.

Todos la miraron.

—Todos quieren esos combustibles fósiles. Los países que no tienen reclamaciones válidas de territorios en el Ártico, como Gran Bretaña y China, también están participando en la acción, buscando construir alianzas y obtener derechos de perforación. China ha comenzado a referirse a sí misma como un país cercano al Ártico. Gran Bretaña ha comenzado a hablar mucho sobre sus socios del Ártico.

—Eso no explica quién lo hizo —dijo Luke.

Trudy sacudió la cabeza y sus rizos rebotaron un poco. —No. Como he dicho, primero os estaba contando la parte fácil. ¿Por qué atacar una plataforma petrolera en el Ártico y por qué ahora? La respuesta es que la carrera por los recursos naturales del Ártico está en marcha y que va a ser una carrera a muerte. Las personas van a ser asesinadas, de la misma forma en que las han estado asesinando desde que se descubrió el petróleo en Oriente Medio, a principios

del siglo XX. El Ártico es un punto de inflexión emergente para la competición entre las principales potencias y, como resultado, para la violencia e incluso la guerra. Es lo que viene.

Luke sonrió. Trudy siempre parecía tener las respuestas, pero a veces necesitaba que la sacudieran un poco para compartir sus conclusiones.

—Entonces... ¿quién ha sido?

Pero ella no estaba lista para jugar a ese juego. Se limitó a negar con la cabeza otra vez.

—Imposible decirlo con certeza. Hay más actores aparte de aquellos países involucrados. Hay grupos indígenas repartidos por todo el Ártico, como esquimales, aleut, inuit y muchos otros. Todos estos grupos están preocupados por el nuevo interés en el Ártico. Están preocupados por la pérdida de sus tierras, sus culturas y sus derechos tradicionales de caza. También están preocupados por los vertidos de petróleo y otros desastres medioambientales. En general, los pueblos indígenas no tienen una historia de buenas experiencias con países poderosos y grandes corporaciones. Están muy recelosos de lo que se avecina y algunos de los grupos que ya están radicalizados.

—Pero son lo suficientemente grandes y están bien entrenados...

—Por supuesto que no —dijo Trudy. —No por sí mismos. Pero no podemos dejar de pensar que cualquiera esté actuando por su cuenta. Hay docenas de grupos ecologistas, varios de los cuales también están radicalizados. Hay grandes corporaciones, especialmente compañías petroleras, compitiendo por un puesto. Hay países de Oriente Medio que se preguntan si la exploración petrolera en el Ártico está a punto de dejarlos en la estacada. Y, por supuesto, están Rusia y China.

—La pancarta —dijo Luke.

—Sí. La pancarta llama hipócritas y mentirosos a los Estados Unidos. Eso no nos dice mucho, pero su sencillez y la sintaxis ilegible indica que las personas que escribieron la pancarta no son hablantes nativos de inglés. Mientras tanto, la profesionalidad aparente del ataque sugiere, al menos, un alto nivel de formación, incluida el entrenamiento en clima frío y, probablemente, experiencia en combate.

Luke podía ver a dónde se dirigía con esto.

—La mayor parte de los países del Ártico son o bien estrechos aliados nuestros, como Canadá, Noruega y Suecia, o tienen relaciones entre neutras y amistosas con nosotros, como Islandia, Dinamarca y Finlandia. Y yo no creo que los rusos o los chinos nos atacarían directamente, sobre todo, no después de todo el problema reciente. Pero, ¿financiarían y entrenarían a un perro de presa, un grupo que, o bien se siente privado de sus derechos por nosotros, o prevea que están a punto de verse privados de sus derechos?

Ella hizo una pausa.

—Por supuesto que lo harían —dijo Swann.

Trudy asintió con la cabeza. —Podrían, simplemente.

—Entonces, ¿un nuevo grupo radical antiamericano, algo así como un Al Qaeda del Ártico?

Trudy se encogió de hombros. —No puedo asegurarlo. Podría ser un grupo o grupos indígenas armados y entrenados. Podrían ser supremacistas blancos del viejo mundo vikingo, que esperan ver restaurada la gloria de los países escandinavos. Demonios, podrían ser los separatistas de Quebec. No lo sé.

A la izquierda de Luke, la puerta de cristal de la otra cabina de pasajeros se abrió. Los dos hombres entraron. —Buenas conjeturas, Sra. Wellington —dijo el mayor de los dos hombres. —Probablemente equivocadas, pero a medida que avanza el escenario, bastante buenas, de todos modos.

* * *

El chico más joven vestía vaqueros y una camiseta. Los pantalones abrazaban sus musculosas piernas. La camiseta envolvía su musculoso pecho. La camisa tenía dos palabras en la parte delantera, muy pequeñas, blancas sobre fondo negro.

GET HARD.

—Chicos, soy el Capitán Brooks Donaldson, del Grupo de Desarrollo Especial de Guerra Naval de los Estados Unidos, a veces llamado DEVGRU, a menudo llamado SEAL Equipo Seis.

Estaba sosteniendo un traje de neopreno naranja grueso, completo con capucha, manos enguantadas y botas. Extraño para un Navy SEAL, acababa de dejar una lata de refresco sobre la mesa. Luke lo miró fijamente. Cerveza de jengibre Dr. Peck.

—Quiero hablaros a todos un poco sobre la hipotermia. Es importante que pensemos en ello. Por lo que sabemos de congelación y su fisiología, nadie puede predecir exactamente con qué rapidez y a quién afectará la hipotermia y si va a matar cuando lo haga. Sabemos que hay más probabilidades de que mate a los hombres que a las mujeres y que es más letal para los delgados y musculosos, como todos los de esta sala, que para las personas con una gran cantidad de grasa corporal. Perdona menos a las personas que ignoran sus efectos. En otras palabras, si no estás preparado para afrontarla y no sabes qué hacer, te puede matar fácilmente.

A Luke ya no le gustaba dónde iba esto. Nadie le había dicho que esperara nada sobre trajes de neopreno, hipotermia o los Navy SEAL que bebían refrescos. El hombre, Donaldson, señaló el traje de neopreno en sus manos.

—Este traje es vuestra primera línea de defensa contra la hipotermia. El traje de la demostración es de color naranja y vuestros trajes de operación serán de color negro, pero no dejéis que eso os distraiga. Solo imaginad que este es negro. En naranja o negro, o púrpura o rosa, o cualquier color en absoluto, son de última generación, probablemente los mejores trajes de inmersión en agua helada existentes en el momento actual. Proporcionan protección contra la flotación y la hipotermia. Sus características incluyen arnés de elevación, guantes aislantes de cinco dedos para calidez y destreza, almohada inflable para la cabeza, protector y sello facial hermético, muñecas y tobillos ajustables, neopreno ignífugo de 5 mm, silbato de gran alcance, bolsillo ligero y botines de suela gruesa antideslizante. Pero es un poco laborioso de poner y quitar en condiciones de tormenta. Y yo os voy a mostrar cómo hacerlo.

Todos en la cabina lo miraban.

—¿Alguna pregunta antes de comenzar?

Murphy levantó una mano.

—Sí, agente...

—Murphy.

—Sí, agente Murphy. Dispara.

Murphy miró la lata de cerveza de jengibre sobre la mesa. Frunció el ceño, solo un poco. Murphy era un irlandés del Bronx. Luke no tenía claro lo que Murphy pensaba exactamente sobre la cerveza de jengibre, pero parecía que no le gustaba.

—¿De qué estamos hablando aquí?

Donaldson parecía confundido. —¿Cómo que de qué estamos hablando?

Murphy asintió con la cabeza. Hizo un gesto hacia el traje naranja. —Sí. Eso. ¿Por qué nos lo cuentas? No somos SEAL. No somos buzos en absoluto. Newsam, Stone y yo somos todos ex Fuerzas Delta. Asalto aéreo. Yo era del 75 Regimiento de los Rangers antes de Delta, Stone era del 75 también, Newsam era...

Hizo una pausa y miró a Ed. Ed estaba muy hundido en su silla. Un poco más y resbalaría al suelo.

—Del 82 Aéreo —dijo Ed.

—Aéreo —dijo Murphy. —De nuevo esa palabra. Nos puedes enseñar ese traje desde ahora hasta que aterricemos y toda la próxima semana, pero eso no nos va a convertir de repente en buceadores.

—Yo he hecho algo de buceo —dijo Ed.

Murphy lo miró fijamente. Luke no estaba seguro, pero no recordaba haber visto nunca a nadie mirar a Ed de esa manera. Murphy era un vehículo sin marcha atrás.

—Gracias —dijo. —Tus naufragios en Aruba realmente apoyan mi argumento.

Ed sonrió y se encogió de hombros.

El SEAL asintió. —Entiendo lo que dices. Pero esta es una operación submarina. Vamos a salir del agua en un campamento temporal que acaba de ser construido sobre una capa de hielo flotante a dos kilómetros de la plataforma petrolera. Pensé que lo sabías.

Luke sacudió la cabeza. —Esta es la primera vez que lo escuchamos.

—No hay manera de entrar allí en barco —dijo Donaldson. —Tenemos que suponer que nuestros oponentes tendrán cubiertos todos los puntos de aproximación. Parecen disponer de armamento pesado. Cualquier bote que se abra camino a través del hielo hacia esa plataforma petrolera será atacado fuertemente.

—¿Podemos entrar desde el cielo? —preguntó Luke.

Donaldson sacudió la cabeza. —Aún peor. Se espera que una tormenta pase por esa zona en las próximas horas. No querrás caer del cielo durante una tormenta ártica, te lo prometo. Y aunque se despejara, entonces te tienen a tiro mientras bajas. Es como disparar a los patos. Solo hay una forma de entrar y es salir de debajo del hielo y tomarlos por sorpresa.

Él se detuvo. —Y vamos a necesitar toda la sorpresa que podamos conseguir. Por muy fuerte que entremos, tenemos que mantener al menos uno de los atacantes vivo.

—¿Por qué? —dijo Ed.

Donaldson se encogió de hombros. —Necesitamos saber qué querían estos hombres, cuál era su plan y si han actuado solos. Queremos saberlo todo sobre ellos. Suponiendo que no nos van a dejar una especie de manifiesto y puesto que nadie ha reivindicado la responsabilidad del ataque hasta el momento, tenemos que asumir que la única manera de conseguir la información es mediante la captura de al menos uno de ellos y preferiblemente más de uno.

Ahora, a Luke realmente no le gustaba. Iban a entrar desde debajo del hielo y cuando subieran, se suponía que capturarían a alguien. ¿Y si fueran yihadistas que no se dejaran atrapar? ¿Y si peleaban hasta su último aliento?

Toda la operación parecía apresuradamente organizada y mal pensada. Pero, claro, ¿cómo no iba a ser así, cuando el plan era recuperar la plataforma petrolera la misma noche en que fue atacada y, de hecho, solo unas horas después?

No tenían información sobre los atacantes. No hubo comunicación. No sabían de dónde eran, lo que querían, las armas que tenían, o qué otras habilidades. Ni siquiera sabían lo que harían los atacantes cuando fueran sorprendidos. ¿Matarían a todos los rehenes? ¿Se suicidarían volando la plataforma? Nadie lo sabía.

Por lo tanto, todo el grupo iba a ciegas. Peor aún, se suponía que el equipo de Luke era la supervisión civil, pero iban a participar en una misión bajo el agua, agua helada, algo para lo que no estaban entrenados. Muy pocos y muy preciados soldados estadounidenses tenían entrenamiento para la inmersión en agua helada.

—Todo esto —dijo Murphy, —me parece FUBAR².

Luke no estaba seguro de si estaba completamente de acuerdo. Pero era consciente del hecho de que Murphy probablemente todavía pensaba que las malas decisiones de Luke habían supuesto la muerte de todo su equipo de asalto en Afganistán.

Si Murphy, o Ed, o incluso Swann o Trudy decidieran que querían salir de esta misión, Luke no se opondría. La gente tenía que tomar sus propias decisiones, no podía decidir por ellos.

² FUBAR. Acrónimo militar de “Fucked Up Beyond All Reason/Recognition/Repair”, que significa “Estamos jodidos sin remedio”. (Nota de la Traductora)

De repente, deseó haber hablado con Becca antes de partir en este viaje. Ahora era demasiado tarde.

–Tenemos menos de dos horas hasta nuestro destino —dijo el hombre mayor, echando un vistazo a su reloj. Miró a Donaldson, que todavía sostenía el grueso traje naranja. Luego hizo un movimiento giratorio con la mano, como si las agujas de un reloj se movieran rápidamente.

–Sugiero que inicies la demostración.

CAPÍTULO OCHO

09:15 horas, Hora de Moscú (22:15 horas, Hora de Alaska del 4 de septiembre)

El Acuario

Sede de la Dirección Principal de Inteligencia (GRU)

Aeródromo de Khodynka

Moscú, Rusia

El humo azul se elevó hacia el techo.

—Hay una gran cantidad de movimiento —dijo el último visitante, un hombre barrigón con el uniforme del Ministerio del Interior. Su voz desmentía una cierta ansiedad. No se percibía en el timbre de la voz. No tembló ni se agrietó. Había que tener los oídos adecuados para escucharlo. El hombre tenía miedo.

—Sí —dijo Marmilov. —¿Esperarías menos de ellos?

Aunque la oficina no tenía ventanas, la luz había cambiado a medida que avanzaba la mañana. El cabello caído y endurecido de Marmilov ahora parecía una especie de casco de plástico oscuro. Las luces del techo parecían tan brillantes que era como si Marmilov y su invitado estuvieran sentados en el desierto al mediodía y el sol proyectara sombras profundas en las fisuras talladas en la piedra antigua de la cara de Marmilov.

La gente a veces se preguntaba por qué un hombre con tanta influencia eligió dirigir su imperio desde esta tumba, debajo de este edificio sombrío, desmoronado y en ruinas a las afueras del centro de Moscú. Marmilov conocía esta incógnita porque los hombres, especialmente los hombres poderosos, o aquellos que aspiraban a serlo, a menudo le hacían esta misma pregunta.

—¿Por qué no una oficina arriba, en una esquina, Marmilov? Un hombre como usted, cuyo mandato supera con creces el GRU, ¿por qué no ser transferido al Kremlin, con una amplia vista sobre la Plaza Roja y la oportunidad de contemplar los hechos de nuestra historia y los grandes hombres que han venido antes? ¿O tal vez solo ver pasar a las chicas guapas? ¿O, al menos, una oportunidad de ver el sol?

Marmilov sonreía y decía: —No me gusta el sol.

—¿Y chicas bonitas? —podrían decir sus amables torturadores.

Ante esto, Marmilov sacudía la cabeza. —Soy un hombre viejo. Mi esposa es lo suficientemente buena para mí.

Nada de esto era cierto. La esposa de Marmilov vivía a cincuenta kilómetros de la ciudad, en una finca que databa de antes de la Revolución. Apenas la veía y ni ella ni él tenían problemas con este arreglo. En lugar de pasar tiempo con su esposa, vivía en una moderna suite de hotel en el Ritz Carlton de Moscú y se deleitaba con una dieta constante de mujeres jóvenes, llevadas directamente hasta su puerta. Las pedía como servicio de habitaciones.

Había oído que las chicas y, por lo que sabía, sus proxenetas también, se referían a él como el Conde Drácula. El apodo lo hacía sonreír. No podrían haber elegido uno más adecuado.

La razón por la que se quedaba en el sótano de este edificio y no se mudaba al Kremlin, era porque no quería ver la Plaza Roja. Aunque amaba la cultura rusa más que a nada, durante su jornada laboral no quería que sus acciones se contaminaran con sueños del pasado. Y especialmente no quería que se vieran perjudicadas por las desafortunadas realidades y las medias tintas del presente.

La visión de Marmilov se concentraba en el futuro. Estaba empeñado en ese pensamiento.

Había grandeza en el futuro. Había gloria en el futuro. El futuro ruso superaría y luego eclipsaría, los desastres patéticos del presente y tal vez incluso las victorias del pasado.

El futuro se acercaba y él era su creador. Él era su padre y también su partera. Para imaginarlo completamente, no podía permitirse distraerse con mensajes e ideas contradictorias. Necesitaba una visión pura y para lograrlo, era mejor mirar a una pared en blanco que por la ventana.

—No, desde luego —dijo el hombre gordo, Viktor Ulyanov. —Pero creo que hay algunos en nuestro círculo que están preocupados por la actividad.

Marmilov se encogió de hombros. —Por supuesto.

Siempre había quienes estaban más preocupados por sus propios cuellos que por llevar a la gente a un futuro más brillante.

—Y hay algunos que creen que cuando el Presidente...

¡El Presidente!

Marmilov casi se rio. El Presidente era un obstáculo en el camino hacia la grandeza de este país. Era un impedimento, uno de importancia menor. Desde que este Presidente tomó las riendas de manos de su mentor alcohólico Yeltsin, la comedia de errores de Rusia había empeorado, no mejorado.

¿Presidente de qué? ¡Presidente de basura!

El Presidente tenía que vigilar sus espaldas, como decía el dicho. O pronto podría encontrar un cuchillo sobresaliendo por allí.

—¿Sí? —dijo Marmilov. —Preocupados por cuando el Presidente... ¿qué?

—Lo descubra —dijo Ulyanov.

Marmilov asintió y sonrió. —¿Sí? Lo descubra... ¿Qué pasará entonces?

—Habrá una purga —dijo Ulyanov.

Marmilov miró a Ulyanov, entrecerrando los ojos en la bruma de humo. ¿Podría el hombre estar bromeando? La broma no sería que el descubrimiento de Putin llevaría a una purga. Si se manejaba incorrectamente, por supuesto que sí. La broma sería que, a estas alturas de los preparativos, Ulyanov y otros sin nombre, de repente, estuvieran pensando en tal cosa.

—El Presidente se enterará cuando sea demasiado tarde —declaró Marmilov simplemente. —El Presidente mismo será quien sea purgado —Ulyanov y cualquier otro por quien estuviera hablando, deberían saberlo. Ese había sido el plan desde el principio.

—Existe la preocupación de que estamos organizando un baño de sangre —dijo Ulyanov.

Marmilov sopló humo en el aire. —Mi querido amigo, no estamos organizando nada. El baño de sangre ya está organizado. Se organizó hace años.

Aquí, en la guarida de Marmilov, un ordenador portátil había brotado como un hongo al lado de la pequeña pantalla de televisión de su escritorio. El televisor aún mostraba imágenes del circuito cerrado de cámaras de seguridad en la plataforma petrolera. El ordenador portátil mostraba transcripciones de comunicaciones estadounidenses interceptadas, traducidas al ruso.

Los estadounidenses estaban estrechando el cerco alrededor de la plataforma petrolera capturada. Un anillo de bases avanzadas temporales aparecía en el hielo flotante, a pocos kilómetros de la plataforma. Los equipos de operaciones encubiertas estaban en alerta máxima, preparándose para atacar. Un jet supersónico experimental había recibido autorización y había aterrizado en Deadhorse hace unos treinta minutos.

Los estadounidenses estaban listos para atacar.

—Nunca tuvimos la intención de mantener la plataforma bajo control durante mucho tiempo —dijo Marmilov. —Por eso usamos un proxy. Sabíamos que los estadounidenses recuperarían sus propiedades.

—Sí —dijo Ulyanov. —¿Pero la misma noche?

Marmilov se encogió de hombros. —Antes de lo esperado, pero el resultado será el mismo. Sus equipos de asalto iniciales se enfrentarán con el desastre. Un baño de sangre, como dices. Cuanto más grande, mejor. Su hipocresía con respecto al medio ambiente quedará expuesta. Y el mundo tendrá ocasión de recordar sus crímenes de guerra del pasado no muy lejano.

—¿Y cuánto de esto nos salpicará? —dijo Ulyanov.

Marmilov inhaló otra calada profunda de su cigarrillo. Era como el aliento de la vida misma. Sí, incluso aquí en Rusia, incluso aquí en el santuario interior de Marmilov, ya no puedes esconderte de los hechos. Los cigarrillos eran malos, como el vodka y el whisky. Entonces, ¿por qué Dios los hizo tan placenteros?

Él exhaló.

—Eso está por ver, por supuesto. Y dependerá de los medios de comunicación que lo cubran en cada país. Pero las primeras informaciones serán, por supuesto, a nuestro favor. En general, sospecho que los eventos se reflejarán bastante mal en los estadounidenses y luego, un poco más tarde, se reflejarán mal en nuestro amado Presidente.

Hizo una pausa y lo pensó un poco más. —La verdad y los eventos lo confirmarán a medida que se desarrollen, cuanto peor sea el desastre, mejor será nuestra posición.

CAPÍTULO NUEVE

23:05 horas, Hora de Alaska (4 de septiembre)

Campamento Helado de la Armada de EE.UU.

Seis kilómetros al norte del Refugio Nacional de Vida Silvestre del Ártico

Dos kilómetros al oeste de la plataforma petrolera Martin Frobisher

Mar de Beaufort

Océano Ártico

—De ninguna manera, tío. No puedo hacerlo.

La noche era negra. Fuera de la pequeña cúpula modular, el viento aullaba. Fuera caía una lluvia helada. La visibilidad se estaba deteriorando. En poco tiempo, iba a estar cerca de cero.

Luke estaba cansado. Se había tomado una Dexi cuando el avión aterrizó y otra hace unos momentos, pero ninguna le había hecho efecto.

Todo el asunto parecía un despropósito. Habían viajado por el continente en una carrera loca, a velocidades supersónicas, la misión estaba a punto de comenzar y ahora uno de sus hombres se estaba echando atrás.

—Esto no pinta bien en absoluto.

Era Murphy quien hablaba, por supuesto.

Murphy no quería ir a este emocionante paseo.

El campamento temporal en el hielo, básicamente una docena de cúpulas modulares impermeables sobre una capa de hielo flotante, había surgido como hongos después de una lluvia de primavera, aparentemente en las últimas dos horas. Era uno de varios campamentos como este, que rodeaba la plataforma petrolera a una distancia segura. El establecimiento de varios campamentos en la periferia se hizo para el caso de que los terroristas estuvieran vigilando. La actividad fue diseñada para dificultarles saber de dónde vendría el contraataque.

Dentro de cada una de las cúpulas, un agujero rectangular había sido cortado a través del hielo, aproximadamente del tamaño y forma de un ataúd. El hielo en esta zona tenía casi un metro de espesor. Una plataforma, hecha de un material sintético similar a la madera, se había colocado alrededor de cada agujero. Se habían colocado bajo el agua unas luces de buceo, que le daban al agujero un color azul misterioso. Ya se estaba formando hielo nuevo en la superficie del agua.

Luke y Ed estaban vestidos con sus trajes secos de neopreno, sentados en sillas cerca del agujero. Brooks Donaldson estaba haciendo lo mismo. Cada uno estaba siendo ayudado por dos asistentes, hombres con chaquetas de invierno de la Marina de los EE. UU., que se afanaban en ponerles el equipo. Luke se quedó quieto mientras un hombre montaba un compensador de flotabilidad alrededor de su torso.

—¿Cómo lo siente? —dijo el chico.

—Voluminoso, a decir verdad.

—Perfecto, es voluminoso.

Las manos de Luke aún no llevaban guantes. Tiró de la cremallera impermeable a través de su pecho. Estaba apretado y era difícil de tirar, como debería ser. Allí abajo había agua fría. La cremallera hacía un sello firme. Pero eso significaba que iba a ser difícil abrirla cuando llegaran al destino.

—¿Cómo se supone que abriré esta cosa? —preguntó.

—Adrenalina —dijo uno de los asistentes. —Cuando la mierda comienza a volar, los muchachos prácticamente se arrancan estos trajes con sus propias manos.

Ed rio, mirando a Luke. Sus ojos decían que no era tan gracioso.

—Oh, tío —dijo.

Murphy no se estaba riendo en absoluto. Había venido con ellos desde Deadhorse, pero ni siquiera comenzó el proceso de ponerse el traje.

—Esto es una trampa mortal, Stone —dijo—, como la última vez.

—No tienes nada que demostrar —dijo Luke—, ni a mí ni a nadie. Nadie está obligado a ir. No es como la última vez en absoluto.

La última vez.

La época en que ambos estaban en las Fuerzas Delta, destinados en el este de Afganistán. Luke era el líder del escuadrón y no había neutralizado a un teniente coronel, ansioso de gloria, que los había llevado a todos, a todos menos a Luke y Murphy, a la muerte.

Eso era cierto, podía haber abortado la misión. Eran sus muchachos; no sentían ninguna lealtad en absoluto hacia el teniente coronel. Si Luke les hubiera ordenado detenerse, la misión se habría detenido. Pero se habría enfrentado a un consejo de guerra por insubordinación. Habría arriesgado toda su carrera militar, una carrera que, curiosamente, terminó aquella noche de todos modos.

Murphy miró a Ed. —¿Por qué vas?

Ed se encogió de hombros. —Me gusta la emoción.

Murphy sacudió la cabeza. —Mira ese agujero, tío. Es como si alguien hubiera cavado tu tumba. Deja caer un ataúd ahí y estarás listo.

Murphy no era un cobarde, Luke lo sabía. Luke había participado en al menos una docena de tiroteos con él en las Fuerzas Delta. Había estado con él en el tiroteo de Montreal, en el que salvaron la vida de Lawrence Keller y llevaron a los asesinos del Presidente David Barrett ante la justicia. Incluso había tenido una pelea con Murphy encima de la llama eterna de la tumba de John F. Kennedy. Murphy era un tipo difícil.

Pero Murphy no quería ir. Luke podía ver que estaba asustado. Eso podría ser porque Murphy no estaba entrenado, pero podía ser porque...

—Está bien, chicos, ¡escuchad!

Un hombre corpulento, con un forro polar, había entrado en la cúpula. Durante una fracción de segundo, mientras empujaba las pesadas cortinas de vinilo que formaban la esclusa hacia el exterior, el viento chilló. El rostro del hombre estaba rojo brillante por el frío.

—Según tengo entendido, todos fuisteis informados en Deadhorse.

El chico se detuvo. Miró el asiento vacío donde Murphy debería estar sentado. Luego miró a Murphy.

Murphy sacudió la cabeza.

—No voy a ir.

El chico se encogió de hombros. —Haz lo que quieras. Pero esta es una operación clasificada. Si no vas, no puedes escuchar lo que voy a decir.

—Soy parte del equipo de supervisión civil —dijo Murphy.

El chico sacudió la cabeza. —Mis órdenes son que dos miembros del equipo de supervisión civil se quedan en el centro de mando en Deadhorse y el resto del equipo está preparado para entrar con los SEAL.

Levantó las manos, como diciendo: *Es lo que hay.*

—Si no estás en el centro de mando y no estás preparado, no creo que estés en el equipo.

Murphy sacudió la cabeza y suspiró. —Ah, demonios.

Se echó sobre los hombros una pesada parka verde, encima de toda su gruesa ropa.

—Murph —dijo Luke. Llama a Swann y Trudy. Te llevarán en un helicóptero.

El chico nuevo sacudió la cabeza. —Los helicópteros están en tierra. La tormenta viene con fuerza y no queremos ningún accidente por ahí. La misión ya es suficientemente mala.

Murphy maldijo por lo bajo y salió por donde acababa de entrar el hombre. El vinilo se agitó y el viento volvió a chillar. El hombre vio irse a Murphy, luego miró a los tres buzos restantes.

—Está bien —dijo. —Esta es una inmersión en hielo, por la noche, en medio de una tormenta, en un entorno elevado. No se me ocurre una misión más peligrosa. Hace un año, perdimos a dos buzos experimentados en un entorno similar de hielo, pero fue una inmersión de entrenamiento durante el día, no había tormenta y estaban atados a su base de operaciones. ¿De acuerdo? Deberíais saberlo.

¿Nadaban hacia un tiroteo? dijo Ed.

El hombre solo lo miró. No estaba de humor para chistes. Luke sintió lo mismo. No había nada gracioso en esto.

—Como probablemente hayas notado, esta no es una inmersión atada. Durante gran parte de la natación, el hielo sobre vuestras cabezas será muy compacto. No querrás tener contacto con él. Deberás ir cinco metros por debajo, mantener una flotabilidad neutral y un buen nivel de ajuste.

Había cuatro propulsores de natación a sus pies. Eran, básicamente, pequeños torpedos eléctricos, alimentados por baterías. Cada buzo sostendría el mango de un vehículo con una mano y la propulsión lo llevaría a su destino mucho más rápido y con mucho menos esfuerzo de lo que podría nadar solo.

El hombre cogió uno con ambos brazos. —¿Quién de vosotros ha usado uno de estos?

Las tres manos se levantaron.

El hombre asintió con la cabeza. —Bien. Normalmente, usaríamos vehículos submarinos Mark 8, cada uno con dos o cuatro hombres, pero no pudimos traerlos a tiempo y el entorno es difícil para desplegarlos. Así que vamos con los propulsores de mano. ¿De acuerdo?

Él se detuvo, pero nadie dijo una palabra. Era lo que había, no importaba si estaban de acuerdo o no.

—Vigilad vuestra brújula. Os dirigís hacia el este. Hay otros diecisiete tipos... Miró de nuevo a la silla vacía de Murphy. —Dieciséis hombres más allá abajo. Moveos con el flujo del tráfico. Este grupo es el de supervisión, por lo que estáis en la retaguardia. Si os confundís u os perdéis, el camino de regreso es hacia el oeste. Este campamento está iluminado como un árbol de Navidad allí abajo, así que dirigíos a las luces.

Levantó un casco impermeable, con visera y máscara.

—Vuestro casco tiene comunicación bidireccional por radio. Mantened la charla al mínimo. Escuchad a los líderes delanteros. La visibilidad va a ser baja, vuestros oídos pueden salvaros, vuestras bocas pueden mataros.

Los miró fijamente a todos.

—No hay apoyo, ni aéreo ni anfibio. La cosa podría ponerse fea. Mantened un ojo hacia arriba. Cuando notéis el aire libre, ya casi estáis allí. Cuando lleguéis al borde del hielo, apagad los faros delanteros. La idea, caballeros, es pillarlos por sorpresa.

El hombre levantó una ametralladora MP5 con un cargador pre-montado. El arma estaba envuelta en plástico grueso y translúcido. Levantó un paquete de tres granadas, envuelto de la misma manera.

—Estas cosas están fuera de su elemento en este momento. Es un embalaje cien por cien resistente al agua. Cuando lleguéis a tierra, usad vuestros cuchillos para abrirlo.

Él sonrió, luego sacudió la cabeza. —Si es necesario, usad los cuchillos para cortar también esos trajes.

Luke miró a Ed. Ed hizo una mueca, una divertida expresión facial que Luke nunca lo había visto hacer antes. Parecía un niño en la escuela primaria, cuando la maestra sugería que la clase cantara algunos villancicos.

Los asistentes detrás de Ed levantaron su casco y luego dejaron que se acomodara en su cabeza. Su aliento empañó la visera.

Los asistentes detrás de Luke estaban a punto de hacer lo mismo.

—¿Alguna pregunta? —dijo el hombre del frente.

¿Que estamos haciendo?, le vino a la mente.

–Bueno. Entonces vamos allá.

* * *

Murphy estaba de mal humor.

–Estoy harto de esta misión, Swann. Nunca me agradó la gente de la Marina y ahora realmente no me gustan.

Las comunicaciones estaban bien, a pesar de la tormenta. Swann se lo había explicado, pero Murphy no lo había escuchado todo. Algo sobre las antenas integradas en estas cúpulas, más las señales de satélite que penetraron la cubierta de nubes en rápido movimiento y la precipitación, más el cifrado irrompible por el que Swann era conocido...

Lo que fuera.

Esperó la demora, mientras la señal rebotaba, para que los terroristas no pudieran rastrear y escuchar.

Murphy estaba harto, irritado. Él no era un buzo y Stone y Newsam, tampoco. Los SEAL habían estado entrenando con equipos de buceo de élite en las aguas heladas de Noruega y Suecia durante los últimos años. Mientras tanto, el Equipo de Respuesta Especial, que no estaba preparado, había sido agregado a esta misión como una especie de adorno llamativo.

La forma en que ese tipo grande había mirado la silla vacía... luego a Murphy... luego otra vez a la silla. Tenía suerte de que ambos estuvieran en el mismo equipo. Murphy con gusto habría remodelado la cara del chico con esa silla.

–Sí, no lo entiendo —dijo finalmente Swann. —Estamos más o menos como escaparates aquí, en el control de la misión. Nadie quiere supervisión civil sobre esto, quieren un sello de goma. Nos han puesto en nuestra propia oficina, lejos de todos los demás, con un par de ordenadores y una máquina de café.

Murphy sonrió. Podía imaginarse a los endurecidos oficiales SEAL y de Operaciones Especiales recibiendo una carga de Swann, el monstruo informático alto, desgarbado, de pelo largo y con gafas y el joven y tierno bocado Trudy Wellington y pensando...

Nada. Los motores que alimentan el típico cerebro militar se detendrían. La sola vista de Swann sería suficiente para verter azúcar en el depósito de gasolina.

Ponedlos en otra habitación, en algún lugar fuera de la vista.

–Esos tipos se van a matar allí abajo. Traté de decírselo a Stone, pero luego un tonto de la Armada me echó porque la sesión informativa estaba clasificada.

–¿Dónde estás ahora? —dijo Swann.

Murphy miró a su alrededor. Estaba dentro de una cúpula vacía, sentado en una silla donde hasta hace poco debía haber habido un Navy SEAL. El agujero en el hielo brillaba azul. Había una cúpula de mando por aquí, en algún lugar y después de que entraron los SEAL, el personal de soporte debía haber ido allí para ver las señales de radar moviéndose debajo de la capa de hielo.

–Estoy en el infierno —dijo Murphy. —Un infierno helado.

Se oyó la voz de Trudy. Era musical, como dedos que acarician ligeramente las teclas de un piano.

–¿Qué quieres hacer? —dijo ella.

La respuesta era bastante fácil: Murphy quería desaparecer, quería abandonar este páramo ártico, esta atrocidad terrorista sin sentido, fuera lo que fuera, ir a Gran Caimán, coger sus dos millones y medio de dólares en efectivo y simplemente evaporarse.

Sin embargo, era más fácil decirlo que hacerlo. Iba a necesitar planificación y tiempo para diseñar una desaparición como esa, un tiempo que no tenía. Don todavía quería que pasara seis meses en Leavenworth, a cambio de una baja honorable. Mientras tanto, Wallace Speck estaba bajo

custodia, fuera del alcance de Murphy y podía comenzar a decir cosas comprometedoras en cualquier momento.

El peor de los escenarios sería que Murphy llegara a Leavenworth en el momento exacto en que Speck mencionara su nombre.

Naturalmente, estas no eran cosas de las que Murphy pudiera hablar con Mark Swann y Trudy Wellington. Pero había cosas de las que sí podía hablar. Swann y Trudy podrían ayudarlo, no a salir de aquí, sino a adentrarse más.

Stone estaba equivocado. Murphy sí tenía algo que demostrar, siempre tenía algo que demostrar. Tal vez no a Stone y tal vez no a ese entrenador SEAL con cerebro de Cromañón, sino a sí mismo. Esta misión lo había llevado por el camino equivocado. Se habían catapultado por todo el país a gran velocidad, ¿para qué? Una operación a medio cocer que era un desastre, incluso antes de comenzar. ¿Quién soñó esto, Wile E. Coyote? Era la operación de rescate de la embajada de Irán, segunda parte, esta vez con hielo en lugar de arena.

Que pareciera tan mal y apresuradamente diseñada irritaba a Murphy. El hecho de que Stone lo hubiera aceptado lo irritaba aún más. El hecho de que Newsam lo acompañara elevaba su irritación por las nubes.

El hecho de que él, Murphy, no pudiera meterse en ese traje de buceo claustrofóbico y escalar a través de esa tumba en el hielo añadía un poco de humillación a la mezcla. Y la forma en que ese descerebrado miró su silla...

Las manos de Murphy se apretaron y aflojaron. Había llegado a la conclusión hace mucho tiempo de que, en parte, el motivo de unirse al ejército y luego a las Fuerzas Delta, era hacer algo constructivo con su ira.

Él conocía su historia. Había estudiado a asesinos hábiles y prolíficos de guerras pasadas. Audie Murphy en la Segunda Guerra Mundial. Bloody Bill Anderson durante la Guerra Civil Americana. Gran parte de lo que impulsaba a esos tipos era la ira.

En su mente, podía ver a Audie Murphy en Colmar, de pie, solo, encima de un tanque en llamas, derribando a decenas de alemanes con una ametralladora calibre 50, mientras recibía fuego enemigo continuo.

Murphy, Newsam y Stone habían tomado Dexis un rato antes. Murphy estaba cansado y había tomado dos. Estaban empezando a hacer un fuerte efecto en este momento. Podía sentir que su corazón comenzaba a latir y su respiración se aceleraba. Los artículos dentro de esta cúpula comenzaron a saltar hacia él con exquisito detalle. Reprimió el impulso de ponerse de pie y hacer un montón de saltos.

Podría matar a alguien ahora mismo, a muchos. Y las Islas Caimán estaban muy lejos, fuera del alcance por el momento. Stone y Newsam acababan de lanzarse a la versión submarina de la Expedición Donner, una misión suicida congelada que solo podía terminar en desastre. Había un grupo de terroristas que ya habían matado a personas inocentes; los hombres que mantenían secuestrada esa plataforma petrolera eran malos y nadie iba a molestarse mucho si morían.

La mente de Murphy comenzó a acelerarse. Swann y Trudy habían sido desterrados a su propia oficina y eso no era necesariamente algo malo. Ambos eran magos de la tecnología. Si sus comunicaciones no estuvieran en cuarentena... un gran sí, pero...

—¿Murph? ¿Qué quieres hacer?

Los ojos de Murphy disparaban rayos láser. Sus manos podían lanzar bolas de fuego ardiente. Era imparables ahora, como siempre lo había sido. Todos estos años en combate y casi nunca había recibido un rasguño. Era sorprendente cómo iban encajando las cosas en su cabeza.

—Quiero un bote —dijo, sin darse cuenta de lo de que decía. —Quiero armas, apoyo de drones y orientación a través de la tormenta hacia esa plataforma petrolera.

Hizo una pausa, su mente se movía tan rápido ahora, en puras imágenes, que apenas podía articular los pensamientos en palabras.

–Quiero participar en el juego.

* * *

Luke saltó al agujero oscuro.

Cayó a través de un fino brillo helado, a un mundo submarino surrealista. En un instante, el ambiente utilitario el vestuario de la cúpula desapareció, reemplazado por *esto...*

El mar era azul oscuro, desapareciendo en un vacío negro debajo de él. Sobre su cabeza, el hielo era de un color blanco azulado, con rectángulos radiantes de luz blanca brillante que marcaban dónde estaban las cúpulas, donde los agujeros habían sido cortados a través del hielo.

Era un lugar extraño.

Podría ser un astronauta que navegaba sin gravedad por el espacio profundo.

Lo más apremiante que notó fue el frío. No era el frío gélido de saltar al océano a finales de otoño. No lo penetró. El traje seco era perfectamente efectivo para evitar el agua helada, que lo mataría en unos momentos.

En ese sentido, no tenía frío. Pero podía sentir el frío a su alrededor, contra el exterior del espeso neopreno. Su piel estaba fría. Era como si el frío estuviera vivo y tratara de penetrar para llegar a él. Si encontraba la manera, moriría aquí abajo. Era así de sencillo.

El único sonido que podía escuchar era su propia respiración, fuerte en sus oídos. Se dio cuenta de que era rápida y poco profunda y se concentró en desacelerarla y profundizarla. La respiración superficial era el comienzo del pánico. El pánico te hacía perder la cabeza. En un lugar como este, te haría perder la vida.

Relájate.

Luke puso en marcha su propulsor cilíndrico, parecido a un torpedo y avanzó suavemente hacia adelante.

Adelante, el grupo de buzos avanzaba, sus faros iluminaban la oscuridad y proyectaban sombras espeluznantes. Luke casi esperaba que un tiburón gigante, un megalodón prehistórico, apareciera repentinamente en la oscuridad frente a ellos.

Cuando dejaron atrás el campamento, notó que el mar se movía, se agitaba y que el grueso techo de hielo sobre sus cabezas se ondulaba y surgía como tierra bajo el efecto de un poderoso terremoto. Él y Ed avanzaban uno al lado del otro, viajando a través de las fuertes corrientes, con los propulsores de buceo en sus manos haciendo la mayor parte del trabajo.

Luke sintió que lo empujaban, sintió los intentos del agua de ponerlo boca abajo, o enviarlo tambaleándose contra Ed, pero rodó con él y siguió adelante.

Miró a Ed. Ed tenía una buena postura, su cuerpo casi horizontal, inclinado hacia adelante solo un poco, su cabeza hacia arriba. Luke no podía ver la cara de Ed debajo del casco. El efecto era impresionante. Ed podría ser un impostor o una máquina.

Unos susurros comenzaron a llegar a través de la radio del casco. Luke apenas podía escucharlos y no podía entender lo que decían. El sonido de su aparato de respiración era mucho más fuerte que la radio. Sería difícil comunicarse.

Miró hacia atrás. Las luces que penetraban en la oscuridad desde arriba se desvanecían en la distancia. Ya habían dejado atrás el campamento base.

El tiempo entró en un extraño estado de fuga. Echó un vistazo a su reloj. Había configurado el temporizador de la misión justo antes de tirarse al agua. Habían pasado poco más de diez minutos desde ese momento.

Pasaron el borde de la capa de hielo y el techo sobre ellos se volvió oscuro, casi negro, salpicado de bloques de hielo en movimiento. Todo se oscureció ahora, iluminado solo por sus propios faros y los faros delante de ellos.

Ya estaban cerca y había sucedido mucho más rápido de lo que esperaba.

Calma... calma.

Pasó al lado de un pequeño dispositivo, brillando verde en la oscuridad. Era una caja de metal, tal vez a diez metros a su derecha. Tendría como un metro de alto y medio metro de ancho. Había controles de varios tipos a lo largo de uno de los lados. Era lo suficientemente pequeño y estaba lo suficientemente lejos como para que casi hubiera pasado sin verlo en absoluto.

Era un robot, lo que Luke conocía como un vehículo submarino, operado de forma remota, o ROV. Estaba unido a una gruesa correa amarilla, que desaparecía en la distancia negra hacia el norte. La correa era probablemente su principal fuente de electricidad. Probablemente, también contenía los cables que lo controlaban y a través de los cuales enviaba datos a... ¿a dónde?

Tenía un gran ojo redondo, probablemente la lente de una cámara.

¿Nadie más se había dado cuenta?

Trató de girar en esa dirección, pero su impulso lo llevó más allá, antes de que pudiera acercarse. Ed se giró para mirarlo. Luke trató de señalar el ROV, pero ahora estaba muy por detrás de él y el traje y el equipo eran demasiado voluminosos.

Deberían regresar, coger esa cosa y al menos inspeccionarla. Nadie les había dicho nada sobre un despliegue de cámaras con control remoto en esta misión. Estaba enviando imágenes a alguien.

Necesitaban cortar esa cuerda.

El murmullo dentro de su casco se hizo más fuerte ahora, pero de alguna manera todavía no podía entender las palabras. Uno por uno, los faros delanteros se apagaron, marcando el comienzo de la oscuridad total.

Los primeros comandos estaban llegando a la costa.

Luke miró hacia atrás por última vez. Las luces del campamento estaban muy lejos, como estrellas en el cielo nocturno. Si te perdías, se suponía que tenías que ir hacia ellas.

El robot verde se movió, ya muy atrás, mirándolo. A esta distancia, podría ser nada más que un pedazo de bioluminiscencia verde.

Levantó la mano para apagar su faro. A su izquierda, la luz de Ed se apagó.

Y fue entonces cuando comenzaron los gritos.

* * *

Murphy odiaba a todo el mundo.

Se dio cuenta de esa verdad, estaba furioso y se dejó llevar por la ira. Era un mundo frío y enfermo y no merecía nada más que su completo desdén. Desdén y odio. El odio lo guiaba. El odio lo alimentaba y lo mantenía. El odio lo protegía del daño.

No podías matar tontorrones militares oficiosos que te echaban de las reuniones y se burlaban de ti con sus ojos. Eso iba contra las reglas, te llevaría a la cárcel. Pero *podías* matar al enemigo.

Condujo el pequeño bote fluvial de la Armada a través de la tormenta. El bote no estaba construido para las aguas del Ártico, pero serviría para una loca carrera de kamikaze.

Se impulsaba con dos grandes motores diésel gemelos, de 440 caballos de potencia. El casco era de aluminio con armadura de placas. La borda era de espuma de células sólidas de alta resistencia. Las olas heladas aquí eran enormes, chocando contra la proa. Golpeaban el bote a través de trozos de hielo, haciendo sonidos desgarradores cada vez. El viento gritaba en sus oídos.

Estaba en la cabina, detrás de una pared blindada. Un lanzagranadas de humo y un gran cañón de cadena de calibre 50 estaban montados en la proa, a tres metros delante de él. El cañón de cadena destrozaría en pedazos un vehículo blindado, pero no tenía idea de si iba a funcionar: se estaba congelando y el agua salada y helada estaba rociando todo el lugar. Además, este no era un bote para un solo hombre, tendría que abandonar la cabina para llegar al arma.

Las luces del bote estaban apagadas y él corría a través de la oscuridad absoluta. Llevaba gafas de visión nocturna, pero el mundo verde que mostraban no le decía nada. Olas monstruosas, agua

negra helada y espuma blanca contra el cielo negro. Estaba corriendo ciego en medio de la furia de la tormenta.

Se deslizó por la cara de un oleaje, el bote se estrelló contra el agua en el fondo como si estuviera en una carrera de troncos. Los barcos a veces bajaban por fuertes olas y se zambullían directamente bajo el agua, y nunca más se los volvía a ver. Él lo sabía. No quería pensarlo.

—¡Swann! —gritó en la oscuridad. —¿Dónde estoy?

Esta cosa estaba equipada con radar, sonda, GPS, radio táctica VHF y una gran cantidad de otros sensores y sistemas de procesamiento, pero Murphy apenas podía dirigir el bote, mucho menos interpretar todos los datos que recibía. Swann, supuestamente, estaba rastreando su posición con respecto a la plataforma petrolera.

Una voz crujió en sus auriculares.

—¡Swann!

—¡Ve al norte! —escuchó la voz gritar. —Norte noreste. Estás siendo empujado hacia el sur.

Murphy comprobó la brújula. Apenas podía verla. Giró un poco el timón del barco hacia la izquierda, alineándose más hacia el norte. No tenía idea de a dónde iba. Algo podría aparecer justo frente a él, podría chocar sin haberlo visto.

No tenía ningún plan. Nadie sabía que vendría, ni siquiera sus propios muchachos. Swann y Trudy eran los únicos que sabían que había cogido este bote. Eran los únicos que sabían que él se había enfundado rápidamente en la armadura corporal y había cargado el barco con armas y municiones. Eran los únicos que sabían dónde estaba, ni siquiera él mismo sabía dónde estaba.

Y casi no le importaba.

No le importaba de qué lado estaba.

Estaba vacío, vaciado.

Era el efecto de la Dexedrina y la adrenalina.

Había terroristas por ahí, chicos malos y él era el bueno. Él era el vaquero y ellos los indios. Él era el policía y ellos los ladrones. Eran el FBI y él era John Dillinger. Eran Batman y él el Joker. Él era Superman y ellos eran... cualquiera.

No importaba quién era quién y qué era qué.

Eran el otro equipo y él iba a embestir este bote hasta sus gargantas. Si vivía, vivía. Si moría, moría. Así es como siempre había entrado en combate y siempre había salido por el otro lado, con total confianza

No le importaba mucho la vida, ni la suya ni la de cualquier otra persona.

Estaba muerto por dentro.

Ahora, en momentos como este, era cuando se sentía vivo.

—¡Este! —gritó Swann. —¡Directamente al este!

Murphy se dirigió suavemente hacia la derecha.

—¿Cuánto de lejos? —gritó.

—¡Un minuto!

Un extraño escalofrío recorrió a Murphy. Se estaba congelando. Demonios, estaba prácticamente congelado. Incluso con ropa de invierno, una gran parka, guantes gruesos, un sombrero y la cara cubierta, estaba congelado. Su ropa estaba empapada. Estaba temblando, tal vez por el frío, tal vez por la nueva oleada de adrenalina.

Este era el juego. Así era.

Aquí mismo. Se estaba acercando.

Le dio aún más aceleración al bote. Se asomó a la penumbra. La tormenta se levantaba a su alrededor. Estabilizó sus piernas y se agarró al timón cuando el bote fue golpeado de lado a lado.

Ahora, podía ver algunas luces allá afuera. Y podía escuchar algo.

¡Pop! ¡Pop! ¡Pop!

Eran disparos.

—¡Ve más despacio! —gritó Swann. —¡Estás a punto de tocar tierra!

Frente a Murphy, de repente aparecieron unas luces brillantes.

Avanzaba rápido, demasiado rápido, Swann tenía razón. La costa estaba justo allí.

Pero el barco estaba diseñado para aterrizajes en la playa.

No había forma de detenerse de todos modos. Murphy aceleró al máximo y se preparó para el impacto.

* * *

Un hombre muerto flotaba en el agua sobre la cabeza de Luke.

Luke miró al hombre. Era un SEAL en plena marcha, disparado mientras intentaba salir del agua. Se movía de un lado a otro, dando vueltas como algas en las corrientes crecientes. Sus brazos y piernas se agitaban al azar, como espagueti recocado.

Se hundió hacia Luke.

La sangre salió de múltiples agujeros en el cuerpo del hombre y manchó el agua de rojo. Luke sabía que la hemorragia no duraría mucho, ahora que el traje seco del hombre estaba abierto y estaba expuesto al frío, se iba a congelar muy rápidamente.

Una luz blanca cegadora brillaba desde arriba. Hace un momento, se habían encendido las luces terrestres, iluminando el agua. Los SEAL estaban expuestos y no parecía que nadie hubiera salido del agua todavía.

Olvídate de quitarte el traje seco. Olvídate de sacar las armas de sus bolsas impermeables a la intemperie. Olvídate de orientarte y tomar la iniciativa. Olvídate de un ataque sorpresa.

El enemigo no estaba sorprendido en absoluto. Estaban colocados allí, disparando al agua.

Sabían que vendrían los SEAL. Se habían anticipado al asalto submarino. La imagen volvió a pasar por la mente de Luke: ese robot, con una cámara incrustada, brillando verde en el agua oscura.

Fue una emboscada. Sería como pescar en un barril.

Luke, veinte metros por debajo de la superficie, vio que las balas penetraban en el agua helada sobre su cabeza, luego perdían impulso a medida que se acercaban.

Dentro del auricular de Luke, alguien gritó.

Ed seguía a su lado. Empujó a Ed con fuerza. Ed se giró para mirar y Luke señaló hacia atrás y hacia abajo. Más adentro. Necesitaban retirarse e ir más profundo. En un momento, esos tipos arriba notarían que las balas no estaban alcanzando sus objetivos y comenzarían a disparar armas más pesadas y poderosas.

—¡Abortar! —gritó alguien en el casco de Luke. Fue la primera vez que un mensaje llegó claramente. —¡Abortar!

* * *

El bote se deslizó hacia la isla y cruzó el suelo helado.

La desaceleración fue instantánea. El sonido del metal raspando la roca era horrible. Murphy fue arrojado como una muñeca de trapo. Voló sobre la consola de control y salió de la cabina. Sus piernas quedaron atrapadas en la consola y lo voltearon boca abajo.

Salió lanzado y aterrizó de espaldas en la proa del bote. Su cabeza golpeó la cubierta de aluminio. BONG. Sus oídos comenzaron a pitar al instante. Campanas tubulares. Sus gafas de visión nocturna habían desaparecido.

Jadeó buscando aire. El impacto le había dejado sin aliento.

No hay tiempo para eso.

Gimió, se levantó y se tambaleó como Frankenstein hacia la ametralladora.

Se puso de pie, contemplando el campo de batalla.

Al menos veinte hombres estaban frente a él, vestidos con ropa oscura, pasamontañas negros y máscaras contra el frío. Unos focos gigantes brillaban desde torres de tres metros de altura. Los hombres de negro estaban de pie o arrodillados bajo la lluvia helada, disparando con sus armas al agua, el agua donde probablemente estaban los Navy SEAL.

Para eso eran los grandes focos: para ver los objetivos en el agua. Las luces probablemente también servirían para cegar a los nadadores y negarles objetivos, si alguno de ellos pudiera sacar sus armas.

Los hombres de negro comenzaron a girarse hacia Murphy. Casi parecían moverse a cámara lenta. En un segundo, iban a comenzar a dispararle.

Murphy agarró con ambas manos el arma pesada que tenía delante.

Su dedo encontró el mecanismo de disparo.

Por favor, funciona.

Disparó. DUH-DUH-DUH-DUH-DUH-DUH llegó el sonido metálico de las balas disparando. Él asumió cómodamente el retroceso de la ametralladora montada. Los casquillos gastados cayeron al fondo del bote, tintineando como cascabeles.

Murphy roció a los hombres. Abatió a cuatro o cinco con su primera ráfaga.

No cayeron cuando les dispararon. Se separaron como muñecas de trapo, las balas los atravesaron. Ahora los otros escapaban corriendo, buscando refugio.

—Corred, monos —dijo.

Un sonido llegó.

WHOOOOOOOSSSHH.

Un cohete voló junto a él. Todo su cuerpo se sacudió en respuesta.

Falló. Ni siquiera lo había visto venir. Impactó en algún lugar del agua detrás de él. No oyó una explosión, pero vio un destello naranja y amarillo.

¿Cómo lo vio por el rabillo del ojo?

No. Debía tener ojos en el cogote.

Su cinturón de municiones se estaba agotando. No tenía repuesto.

Quedarse sin munición era un problema. Ese cohete también era un problema: iba a haber más. Los hombres ya se estaban reagrupando y tomando posiciones de tiro frente a Murphy. Extendió la mano izquierda y disparó una granada de humo.

Luego se dejó caer al suelo del bote.

Un segundo después, las balas comenzaron a golpear el casco blindado del bote. Tunk, tunk, tunk, tunk...

Las balas silbaban por encima.

Levantó la vista hacia el gatillo del cañón de cadena. Todavía le quedaban algunas balas, pero si intentaba levantar la mano...

WHOOOOSSSHHH.

Pasó otro cohete. Quienquiera que manejara el lanzacohetes era un mal tirador.

Gracias a Dios.

Murphy llevaba encima una pistola. La sacó de la funda. Se agachó debajo del borde del arco. El primer hombre que apareciera allí iba a recibir una bala en la cabeza. Después de esto...

Pero no eran tan tontos. De repente apareció una granada, rebotando dentro de la proa del bote como una pelota de goma. Hizo ruidos metálicos sólidos mientras rebotaba. Murphy la recogió, esperó un momento y la arrojó de vuelta.

Un instante después: BUUUUUUM.

Alguien por ahí gritó. Llovió tierra, hielo, sangre y carne.

Estaban *allí mismo*, arrastrándose hacia él.

Las respiraciones de Murphy se convirtieron en ásperos pitidos. No iba a durar. Estaba superado. Fue superado en armas. No podía igualarse a ellos; si se asomaba por un costado, le volarían

la cabeza. No podía devolver todas las granadas que vinieran. El tipo con el lanzacohetes no iba a fallar toda la noche.

Murphy iba a morir aquí mismo, en este bote.

Su mente se aceleró, buscando opciones.

—Oh Dios —dijo.

Esto pudo haber sido un error.

* * *

Algo había cambiado.

En un momento, parecían estar todos condenados, atrapados en el agua, con el enemigo encima de ellos y disparándoles, ametrallándolos. Ahora estaban nuevamente a la ofensiva, avanzando.

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.